

# El faro por dentro

## MENCHU GUTIÉRREZ

Nuevos Tiempos **Siruela**



MENCHU  
GUTIÉRREZ

El faro por dentro



Ediciones Siruela

Menchu Gutiérrez

**El faro por dentro**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

# Índice

Prólogo. Menchu Gutiérrez

El faro por dentro

(Basenji)

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

[XXXIV](#)  
[XXXV](#)  
[XXXVI](#)  
[XXXVII](#)  
[XXXVIII](#)  
[XXIX](#)  
[XL](#)  
[XLI](#)  
[XLII](#)  
[XLIII](#)  
[XLIV](#)  
[\*\*Créditos\*\*](#)

a Pedro, por el regalo de la luz

## Prólogo

Vivir en un faro es muy distinto a habitarlo. En realidad, como se desprende de las páginas de este libro, ni siquiera el edificio que recibe el nombre de «la casa del faro» llega nunca a habitarse del todo.

Durante muchos años, viví en el vientre de un faro en la costa norte española; e, igual que había llegado hasta él, casi sin creerlo, con la misma sensación de vivir en un paréntesis del tiempo, un día tuve que abandonarlo.

De los dos textos que se reúnen en este libro, *Basenji* fue el primero en nacer. Aparece entre paréntesis porque es la criatura del faro, una ficción que nace directamente de él, casi al dictado; el paréntesis podría estar hecho con la misma clase de piedra con la que se levanta la torre, en torno a la escalera de caracol que conduce a la linterna.

Basenji es el nombre de una raza de perro africano que se caracteriza por no ladrar nunca. El perro mudo, que convive con el farero, convenía a una historia que congrega las preguntas esenciales lanzadas por el faro y a la vida que naufraga junto a la luz. En la mitología egipcia, el perro es el único animal capaz de llevar y traer mensajes del mundo de los vivos al mundo de los muertos. Envuelto en su máscara de silencio, quizá Basenji esperaba un mensaje o lo traía, el protagonista del libro no podía saberlo.

Escrito muchos años más tarde, a punto de ser abandonado, *El faro por dentro* es un relato del último día de vida en el faro, y un homenaje a la luz que hace de éste y de todos los faros del mundo uno solo.

**Menchu Gutiérrez**  
mayo 2010

## El faro por dentro

Muchas veces he tenido la secreta sensación de que el faro era un ser vivo, un animal inmovilizado por un hechizo. Subía las escaleras de la torre y me parecía hacerlo por el interior de un tronco erguido. Cada peldaño correspondía a una vértebra.

De ahí quizá la aprensión, el temor a estar usurpando un espacio que no me pertenecía. Otras veces, la torre se convertía en un templo consagrado a una religión extraña, en el que la materia a la que se rendía culto era la luz. Cuando me acercaba a la óptica, el gran ojo del faro, pensaba que el animal, ofendido por mi presencia, podría castigarme con la ceguera. También, al desconocer el ritual de la luz del templo y equivocarse el paso, la escalera de caracol, provista de un invisible mecanismo de defensa, podría abrirse bajo mis pies, dejándome caer en un pozo.

Pero, incluso cuando mi mente estaba tranquila y ninguno de estos avatares tomaba posesión del edificio, tampoco entonces subía la escalera de la linterna en paz, y la respiración siempre ha ido en mi contra, peldaño a peldaño; no por el esfuerzo físico, sino por el desasosiego; cada peldaño, una moneda de inquietud en el pecho: el precio a pagar por un sentimiento de extranjería que nunca me ha abandonado.

Sin embargo, hoy que asciendo la escalera por última vez, lo hago, si no en paz, sí con la certidumbre de que el faro *sabe* que es nuestra última noche, percibiendo solemnidad y respeto en su forma de no oponer resistencia, una suerte de reconocimiento ante la despedida, de reparación.

Y si el gran ojo de cristal tallado fue siempre la meta única de la subida a la torre, hoy asciendo también por la espiral de un oído, o mejor, avanzo oído adentro, como hacia el centro de una caracola, y los peldaños de piedra arenisca se transforman en celdillas de nácar de un nautilo, o en las teclas de marfil de un instrumento musical en construcción.

Creo que estoy hablando al oído y a la memoria del faro.

Antes de llegar al arranque de la escalera, he estado deambulando por todas las habitaciones de la casa, iluminada esta noche de forma intermitente y violenta, como a golpes de guadaña. Creo que el ojo de la torre ha invertido el foco de su mirada, que los haces han comenzado a barrer su espacio interior, y con él los veinte años de vibrante

inmovilidad vividos en el faro.

El camión de la mudanza llegará mañana, y todo lo que una vez ocupó un lugar en una estantería o en un armario descansa ahora en el interior de una caja. Las cajas y sus sombras están por todas partes. Parecen bultos impersonales, y sin embargo, al pasar a su lado, siento una llamada: como si todas ellas contuvieran relojes y oyera el tictac de un tiempo diferente, periodos enteros de tiempo vivido bajo la advocación de la luz y ahora encapsulados.

Tengo la fantasía de que algunos objetos deberían salir de aquí en camilla y reposar quizá bajo una tienda, en una suerte de hospital de campaña, antes de volver a ser objetos en otro lugar. Sobre todo, los libros. Sobre todo, algunos libros. Si no se curan antes, quizá se desintegren al contacto con el aire nuevo, como reliquias que hubieran estado enterradas durante siglos bajo un túmulo.

No necesito mirar atrás para saber que los recuerdos de la vida en el faro no se encuentran en las habitaciones, sino fuera de ellas, a lo sumo en los alféizares de las ventanas desde donde se contempla un mar siempre cambiante, y un horizonte que, lejos de ser una línea continua, se comporta como un volcán en permanente erupción de emociones; la memoria no está cifrada en las marcas o en las cicatrices abiertas en la pintura de las paredes, y forma parte del trabajo riguroso y constante que cada noche ejercen los haces sobre los troncos de los tilos del jardín. ¿Serían capaces estas cuchillas de luz de talarlos un día?

Los recuerdos no se encuentran en el interior de una parcela de espacio que no posee ninguno de los atributos de una casa verdadera. La falsa casa del faro se reduce a un recinto imantado a una escalera. Igual que un cepo no es un dormitorio, igual que un telescopio no es una almohada. La casa del faro no puede ser nunca una casa, igual que una garita de centinela no lo es. ¿Puede una alucinación ser legada o heredarse? No, los hijos del faro han nacido a los pies de una torre y lo saben bien cuando, desde lejos, reconocen la luz que se enciende en un punto de la costa y se sienten señalados con el dedo.

El verdadero recuerdo se encuentra adherido a los ojos que, multiplicados por las lentes de unos prismáticos, buscan en la superficie del mar una señal que dará sentido al día. Esté donde esté, la descendencia del faro, marcada por la luz, no puede olvidar. El estigma crece con el tiempo: lo he reconocido en estaciones de tren y en aeropuertos, en la frente de un tráfuga que mostraba en la frontera un pasaporte falsificado. También yo sé lo que es sentir el dedo acusador, y me he identificado con el sacerdote o la sacerdotisa del templo que pagaría con su vida la conservación del fuego.

En realidad no somos tan distintos. ¿Recuerdas la secuencia? ¿La historia de la luz del faro?

Primero fue el fuego de leña, que se acarreaba al punto más alto de la torre, las hogueras a cielo abierto; luego se prendieron hogueras de carbón, que algunos navegantes confundían con la luz de una estrella. También, bajo la recién nacida cúpula de la

linterna, ardieron una mecha de algodón empapada en aceite y un hachón embadurnado de brea. Los barcos se guiaron por la luz de las velas, de las lámparas de petróleo y de gas que precedieron el alumbramiento del ojo eléctrico. El faro se derrumbó y volvió a levantarse, más alto, más firme, más distante también. Sin embargo, incluso ahora, sabiendo que tras las lentes talladas brilla una bombilla de incandescencia, crees ver el fuego original, o sientes su antigua presencia, cuando, desde la distancia, la linterna del faro parece tantas veces el sagrario de una iglesia.

Que no se apague la luz, ésa es la servidumbre vital del guardián de la torre; no puedes dejar que la luz se apague, igual que no puedes dejar de beber o de dormir.

Acababa de oscurecer cuando empezaron a llegar, como el oleaje a la playa, las voces encadenadas de todos los habitantes del faro; un viaje inverso en el tiempo: primero, voces recientes, tan nítidas que podrían ser de ayer; mi propia voz que anunciaba a alguien la próxima mudanza; luego, más oscuras y fragmentadas, fueron haciendo su aparición voces antiguas; unas tras otras, hasta la primera, el eslabón inaugural de la cadena, una voz equivalente al primer crujido que emite un entablado de madera verde al secarse. Su mensaje fue claro: igual que tú, sólo fuimos huéspedes.

—Madre, ¡no me dejes! —gritaba entre sollozos la voz del farero.

¿Llamaba a la madre que, según me contaron, tras una larga agonía murió en lo que hoy es el cuarto de las baterías, o llamaba madre a la luz del faro? Después se escuchó un disparo.

Otro farero hablaba de redes y anzuelos.

Luego, llegó una frase de esperanza pronunciada al auricular de un teléfono.

Como si, en un acto de prestidigitación, acabara de retirarse una funda del tiempo, escuché risas.

Las risas se ahogaron a golpe de martillo en el pequeño yunque del taller.

Ahora era la voz de un locutor de radio la que informaba sobre el avance de unas tropas, y la resistencia de una ciudad.

El faro permanecía impasible ante la amenaza, completamente al margen del conflicto, como si no hubiera sido construido por manos humanas y sirviera a una causa alejada de la temporalidad.

—Alguien ha forzado la puerta del almacén, y ha desaparecido el mercurio.

Veía ante mí el vaso de mercurio sobre el que gira la óptica del faro como un grial que guardase el inconsciente del animal que a veces creo sentir en él, un vaso que le sirve de

almacén de sueños.

—En la noche del miércoles las olas alcanzaban los ocho metros. Mientras reforzábamos el amarre de un bote, vimos un pequeño barco de pesca que el temporal arrastraba hacia la escollera. Bajamos a toda prisa, y conseguimos lanzar un cabo. Sólo pudimos salvar a uno de los tripulantes; los demás parecían títeres que el mar golpeaba contra las rocas.

*Poco después del amanecer, presentí una llegada. Mucho antes de que hiciese su aparición, yo ya sabía que estaba en camino, que avanzaba lentamente hacia el faro, como un buque fantasma o un cetáceo de gran envergadura.*

*Limpié los prismáticos y me senté a esperar. La niebla hizo su aparición por el oeste.*

Llegó el sonido emboscado de la sirena del faro, que poco después pareció extinguirse en la misma niebla.

*Así pues, no me había engañado: el gran mamífero había subido a la superficie para respirar y, a cambio de oxígeno, exhalaba esa densa cortina de átomos blanquecinos en la que se pierden los barcos... Les dije: éste no es vuestro reino.*

Comenzó entonces una escena de caza diferente: la persecución del animal de la niebla... Se escuchó el cuerno que en otros tiempos orientaba a los barcos, convertidos de pronto en lebreles. A la hendidura abierta por el sonido ancestral siguió una estela de silencio. Navegar en la niebla era contener la respiración. Hasta que, de esa misma cortina de átomos blanquecinos, surgió poco después, aunque hubiera recorrido un arco de más de cien años, el sonido de una campana. La boca de bronce que también antaño alertaba de un peligroso arrecife borrado por la niebla. ¿Cómo no confundir el faro con una iglesia?

Las voces se adelgazaban y llegaban cada vez más remotas. Ahora dos niñas jugaban a la entrada del cuarto de máquinas, susurraban secretos a sus muñecas y las muñecas respondían con silencio. El silencio se llenó con los ladridos de un perro, y, poco después, los ladridos fueron engullidos por el sonido de una nueva tormenta.

Miré hacia el lucernario que corona la caja de escalera, ¿cuántas veces había contemplado un temporal a través de estos cristales? Siempre me ha parecido que el lucernario es una pantalla de rayos X, y que los relámpagos que tantas veces se proyectan en ella son las radiografías de la tormenta. Ahora, gracias a esa conquista de la memoria, puedo diagnosticar la enfermedad del cielo y predecir su fin.

Las primeras gotas de la tormenta transforman esta pantalla en un instrumento musical, aunque, muy pronto, las notas comienzan a resultar indistinguibles unas de otras, y el

cero absoluto del agua desbarata cualquier idea de espacio sonoro.

El tiempo pasaba muy deprisa por las habitaciones desnudas, que recorría describiendo una ronda de la memoria, y las páginas arrancadas a los calendarios se reconstruían ante mí a gran velocidad, hasta que me encontré con el recuerdo nítido del primer día: el de la llegada al faro.

Entonces estaba amaneciendo y los haces de la torre mantenían todavía un pulso desigual con la luz vestibular casi blanca. La historia del faro es también la de esos duelos siempre desequilibrados entre niños y gigantes de luz y oscuridad; también, la de los paréntesis temporales en los que unos y otros se miran un instante a los ojos y desaparecen.

El día de la llegada, la casa vacía estaba todavía tan saturada por los olores de la última familia que la había habitado que su presencia resultaba abrumadora, y casi podías golpearte con sus miembros por los pasillos. Unos parecían darte la mano; otros, echar a correr.

Igual que hoy, las cajas estaban desperdigadas por toda la casa. Las suyas habían salido poco antes, como féretros; las nuestras, ¿qué contenían entonces? ¿Eran las mismas? ¿No se encontraba ya en una de ellas, en forma de semilla, el manuscrito de «Basenji»? ¿No era esa caja sin abrir igual a la célula que guarda en su interior toda la información que terminará convirtiéndola en un ojo? ¿Y no ha sido ya abierta en algún lugar la caja cerrada de hoy?

El misterio entonces parecía encontrarse por delante. Extraño que ese misterio estuviera hecho de luz, y de esa eterna rivalidad entre el día y la noche.

Del mismo modo vertiginoso, del primer día regresé al último: a este largo, larguísimo día de hoy. El lucernario estaba ahora apagado. La caja en la que había guardado las fotografías y las cartas estaba sellada. Todo lo que alguna vez había sido expuesto a la luz ahora dormía.

Querida V.:

Agradecí mucho tu carta y tu relato de la visita al faro. Sin embargo, siento que describes el interior de una biblioteca cuyos libros nunca he leído. Tal vez los libros estén escritos en una lengua desconocida, o tan remota que he perdido las claves de cualquier posible traducción. Cuanto más luminosas y precisas son tus palabras, más oscuras me resultan. Yo recibo tu descripción del faro como la de su negativo. Quizá en mí se esté operando el jeroglífico de la luz; quiero decir que quizá yo misma me haya convertido en

el receptáculo en el que la luz se hace reversible.

Las cartas viajan en el tiempo en varias direcciones, algunas vienen del futuro y anticipan mi amnesia o mi decepción. No han sido escritas todavía pero están ya guardadas en cajas, en sobres azules con sellos extranjeros.

Querida M.:

He pasado varios días recorriendo a pie la costa de N. Pasé por I. y decidí buscar el faro en el que viviste tantos años. La casa está deshabitada y encontré la verja de la entrada candada. Salté el murete de piedra y estuve deambulando por el antiguo jardín. Las zarzas y los helechos se han apoderado de todo. El anemómetro se ha convertido en una veleta maniatada; el pluviómetro, en una lata oxidada; de la caseta del perro sólo queda su inquietante carcasa.

Cuando me iba a marchar, llegó un coche del que descendieron dos personas. Me dijeron que eran los encargados del mantenimiento del faro desde hace años. A pesar de su aparente desapego, cuando les conté el motivo de mi visita me invitaron a entrar...

De la misma manera en que algunas cartas no han sido escritas todavía, ciertas fotografías no han sido aún tomadas, y otras me fueron enviadas, por manos anónimas, muchos años antes de mi llegada al faro. Son tan antiguas que las imágenes parecen haber sido pintadas con acuarela sobre el papel fotográfico.

Una de esas fotografías del faro de I. no guarda ningún parecido con el faro de I. Absolutamente ninguno. La impresión en color sepia, casi cuarteada por el tiempo, como si hubiera estado expuesta al sol durante años, lo convierte en una cámara de secado, cuando el faro es una esponja eternamente mojada y la humedad que rezuman sus paredes se abre camino hacia los huesos con la lentitud y la constancia de los caracoles...

Querida V.:

Casi un año ya viviendo en esta casa y todavía me pregunto dónde ha quedado el mar. Si existe todavía o existió alguna vez. Me refiero a ese mar tiránico en el que terminaban ahogándose, una a una, todas las miradas, y en el cual cada ola era una embarcación.

Frente a la nueva casa se levanta una montaña. Debo decirte enseguida que no percibo esta mole gigantesca como pared ni como freno, sino como un enigma.

Si antes, cuando vivía en el faro, el cielo era más grande que el mar, ahora creo que la montaña es más grande que el cielo. Para explicarme esta sensación, he llegado a la conclusión de que la montaña es más grande por lo que esconde: infinidad de galerías interiores que conforman un laberinto.

Vivo ahora dedicada en gran medida a esa labor de concentrada minería, atraída fatalmente por lo que no veo; esa enorme colección de tesoros ocultos que imagino. Siento que tengo una misión: la de comprender el vínculo que existe entre el mar invisible y la omnipresente montaña.

En los días claros, desde lo alto de la montaña se ve el mar y si tendiera los brazos casi podría mojarme en él las manos. Desde allí, muchas veces recuerdo al maestro de la

tinta: *La montaña es el mar y el mar es la montaña...*

Sin embargo, tengo la intuición de que la unión entre la montaña y el mar se lleva a cabo a un nivel más profundo. Hablo en un plano puramente físico: si ausculto la montaña con el poder de la imaginación, siento cómo un lago preside la cueva que se encuentra en el centro del laberinto, y cómo este lago está unido al mar por un río subterráneo. Cuando estoy a punto de bucear en él... me despierto.

Esta carta todavía no escrita me hace recordar algunos de los sueños del faro. Sobre todo aquel en el que una multitud de olas gigantescas y amenazantes avanzaban hacia la playa, como un regimiento de ballenas que ocupara toda la masa de agua que abarcaba la vista, y cuando llegaban a la orilla se solidificaban, formando una cordillera de montañas.

Continúo la ronda y miro entre las cajas, preguntándome en cuál de ellas estará aquel libro que ahora parece un oráculo. Lo encuentro de pronto en mis manos, como si alguien lo hubiera puesto ahí.

La señora Ramsay contempla desde el jardín la luz del faro lejano. La secuencia es de dos más uno: dos destellos cortos y uno largo. Ella se identifica con el tercero. El tercer haz, lento y uniforme, es el suyo.

La luz del faro y ella se miran como si de pronto conformaran una unidad.

Enseguida, el niño volverá a preguntar, ¿iremos mañana al faro? Y ella tendrá que responder que no, que no irán, que el padre así lo ha decidido. La señora Ramsay piensa que su hijo recordará esa decepción toda la vida.

De la misma forma como hoy yo pienso que, a partir de ahora, ir al faro será una excursión siempre pospuesta, que yo misma obstaculizaré con cualquier pretexto.

Ahora estoy dentro del faro y en el futuro veré el faro a distancia, como la señora Ramsay; mi mirada irá hacia el ojo de la luz y me reconoceré inmediatamente después del tercer parpadeo, con la llegada del haz largo; porque he acompasado mi corazón al ritmo del faro, y mi pulso coincide exactamente con el pulso de esta luz.

Como la señora Ramsay vaticinó, su hijo James nunca olvidó aquella decepción. Cuando, muchos años más tarde, muerta su madre, éste se dirige con su padre hacia la isla del faro a bordo de un velero, y ve por primera vez de cerca el edificio, le cuesta conciliar la imagen acariciada durante años y almacenada en su memoria -la de una torre de plata envuelta en niebla, provista de un ojo amarillo- con esa torre listada de blanco y negro, junto a la cual ve incluso ropa tendida.

Dentro de un año, cuando me encuentre en alta mar, frente a este exacto fragmento de costa, ¿me reconocerá la luz del faro? ¿O tal vez podría matarme? Quizá sea aún menos fantástica la idea de que podría perder mi capacidad de ver la luz; de que podría estar frente a ella y, sin embargo, no verla.

¿Recuerdas la leyenda que hablaba de aquel descendiente de Lir, el dios del mar, que habitaba en una isla secreta y encendía hogueras sobre las rocas para orientar a los barcos? Pero sólo un rey o una persona de corazón puro podía verlas.

Querida V.:

Tu condición de muerta me permite escribirte con una libertad desconocida entre los vivos, la libertad absoluta de los que no se mueven, de los que han regresado al estado mineral. Mimetizada con esta torre, las palabras se deshacen en la niebla de tu inexistencia y siento que puedo comunicarte cualquier cosa, pedirte también cualquier cosa.

Sé que el hechizo, como el producido por una botella de alcohol, no durará mucho tiempo y debo darme prisa en escribir.

Creo que sólo tú puedes entender esta obsesión: ver, sentir cómo era este lugar antes de que fuera colocado el primer bloque de piedra de la torre; que sólo tú puedes señalar el punto en el que el zahorí de la luz decidió comenzar a cavar hacia arriba, abriendo un agujero en la noche.

Tú que puedes leer en todos los libros, que los contiene ya a todos.

Una noche que condense más de siete mil noches pasadas en el faro, bajo la protección de la luz, quizá formando parte de ella en un sueño.

En realidad, lo que invoco es una noche capaz de condensar todas las noches en las que, no este faro, sino un faro que representa a todos los faros, el Faro de los faros, ha estado encendido.

Esa noche me devuelve a los caballos cargados de leña que subían con paso difícil por las rampas de la Torre de Hércules, incluso el sonido de los cascos contra la piedra. Me devuelve a la descripción de Ibn al-Sayj del Faro de Alejandría, y veo los bloques de piedra *kaddan*, sellados con plomo fundido, que en la distancia recordaban el mármol blanco; las bóvedas de vidrio, soportadas por una estructura de cobre en forma de cangrejo que le servían de cimiento. Y repaso sus fantásticas proporciones, consignadas con una tabla de medir ya perdida: el grano de cebada; el dedo que mide seis granos; el palmo que mide doce dedos; el codo que mide dos palmos; el paso que medía dos codos; la braza que medía cuatro codos; la milla que medía mil pasos...

E incluso si ese faro ya no existe, también esta noche está encendido, y su luz es la misma que me espera al final de la escalera.

Esta noche, todos los faros encendidos son el faro del fin del mundo. En el lugar donde los haces se interrumpen y son devorados por la oscuridad, allí está el fin del mundo...

A medianoche Basenji hace su aparición por el pasillo. La puerta estaba cerrada, pero eso nunca ha sido un impedimento para el perro.

El perro mudo muestra la misma determinación de hace años.

Abro el libro y leo:

*Basenji es mi perro africano. Un perro desalmado, mudo como las piedras, cerrado. Para expresarse en tiempo presente, igual que para hablar de Basenji, es preciso estar muerto. Toda precaución es poca.*

No tengo miedo de Basenji, llevaba todo el día esperándolo. Es la descendencia directa del faro, su verdadero y único hijo, el hijo de su imaginación.

Y es el perro –el portador de mensajes entre el mundo de los vivos y el de los muertos– el que me conduce hasta el primer peldaño de la escalera de caracol.

Como hacía antaño, Basenji se sienta y se dispone a esperar.

Miro torre arriba una vez más y siento el embate de un vértigo invertido, ascendente, el tirón que procede de la luz todavía invisible.

Creo que esta noche, igual que en una mano crece un sexto dedo para señalar lo maravilloso, esta noche se ha añadido un peldaño más a la escalera del faro.

Estoy en el primer peldaño e imagino que al llegar al último me encontraré con una guillotina mortal, compuesta por tres largas cuchillas de luz.

Recuerdo un bello libro en el que un condenado a muerte sube lentamente la escalera hacia el patíbulo en el que será decapitado, y en cada peldaño se detiene para componer un poema en recuerdo de cada noche de intensa pasión que pasó en compañía de su amada.

Cada peldaño de la escalera es una estación del tiempo. ¿Tengo tiempo todavía? ¿Podría lanzar una última pregunta al faro?

Lo único que sé con certeza, mientras levanto un pie y luego otro, es que esta escalera, igual que la del patíbulo, sólo puede ser ascendida y que nunca descenderé estos

peldaños.

Igual que había imaginado cómo los haces del faro terminarían por talar algún día los árboles del jardín, pienso que mi cabeza, segada por la luz, quedará separada del tronco, y rodará escaleras abajo, hasta los pies de Basenji, con todos mis recuerdos.

**(Basenji)**

## I

Basenji es mi perro africano. Un perro desalmado, mudo como las piedras, cerrado.

Para expresarse en tiempo presente, igual que para hablar de Basenji, es preciso estar muerto. Toda precaución es poca. Yo estoy a resguardo de muchas calamidades por mi absoluto descreimiento (todo lo que veo lo coloco, inmediatamente, un palmo más allá; disecciono el deseo tan pronto empieza a tomar forma; vomito todo lo que como), convencido de que cualquier acción, como veneno, tiene su antídoto. Sin embargo, el historial intachable de Basenji no deja lugar a la sospecha. En vano persigues en su anatomía la huella de una sutura: no existe. Basenji provoca miedo, o mejor, tiene al miedo por desenlace; atemoriza con su cabeza en suspenso y sus delgadas patas de cobre hincadas en tierra. Husmea por las rendijas de sus ojos rasgados. La suerte le precede siempre y libera de espinas a sus presas. Su caza es tan limpia que parece que un ángel de la guarda ha limpiado de plumas la gallina del corral y la ha dispuesto en su plato de tierra. Sin embargo, antes ha habido lucha. Por un instante, me ha parecido ver manchas de sangre. Quizá Basenji ha inyectado en su víctima suero de silencio, porque la gallina no ha gemido, no ha arrebatado su cobarde plumaje; quizá la gallina se ha rendido al miedo, como concubina.

Basenji no conoce la ansiedad, o, al menos, no reconozco en él ese nervioso temblor de otros perros. Como sondas especulares, sus orejas están siempre levantadas, sin esfuerzo, incluso cuando duerme. En realidad, Basenji no duerme, utiliza la noche para absorber energía, que dosificará con calma ilimitada durante el día.

Uno de mis trabajos en el faro consiste en cuidar de que las baterías mantengan constante su nivel de agua. Haciendo disciplina del absurdo, cambio el agua de su plato todos los días, a pesar de que siempre está lleno y nunca le he visto beber. Sí le he visto la lengua, una lija de grano muy grueso, asomada entre los incisivos. Pienso en el perro cuando aplico los bornes del generador a las baterías y creo que es posible que beba de ese ambarino cóctel de agua y sulfúrico.

Nada de Basenji me extraña. No sé por qué lo tengo a mi lado; si vino conmigo desde África, o se salvó del accidente y antes no existía. No puedo recordarlo. Tampoco el faro ayuda a recordar; el ritmo monocorde de la luz, de sus destellos y ocultaciones, aplaca la memoria y la diluye como tinta en el vaso de la cabeza.

La cabeza... mi vulnerable computadora procesa información a destajo, sin control; me duele y salgo al jardín a refrescarme con la noche. Basenji me acompaña en mi

monótona ronda. Compruebo la visibilidad de los faros repartidos por la costa. En la distancia, me espeluzna su parecido con las estrellas. Siento vértigo: las luces actúan sobre mí como agujeros. Miro entonces por encima de mi cabeza, y la linterna, con su molino de haces, me produce otra clase de vértigo (los agujeros están ahora en todas partes: arriba, abajo, en la línea del horizonte... y en todos quieres caer).

Basenji no tiene vértigo. Se asoma al acantilado y mira el barrido de los haces sobre el mar, como un matemático frío. Hace su inventario, lo sella y vuelve a mi lado, insultante, con la calma del tiempo.

Yo no puedo asomarme al acantilado; sería como asomarme al accidente; como amasar la bola del infarto, sin tirarla.

Entro en casa, seguido por Basenji, y anoto en el cuaderno lo que el viento me ha dicho: fuerza 3, F3; noroeste, NW; marejada, M; cielo despejado, CD; faros a la vista, visibilidad buena, VB. Siento esta noche la rara tentación de subir a la linterna y abro la puerta de la torre.

Cuando comienzo a ascender por la escalera de caracol, Basenji se sienta en el primer peldaño. Nunca sube conmigo. Ya sabe lo que me espera arriba: una gran bombilla acorazada por poderosas lentes, un acantilado de hielo caliente. Los ojos, bruscamente cegados por la luz, buscan la oscuridad intermitente del exterior. El vértigo se apaga y los latidos se encuentran.

Pienso en Basenji; lo imagino sentado en el primer peldaño de la escalera, y temo que al bajar ya no esté allí, que haya desaparecido para siempre. Ese temor me acompaña desde el primer día. No sé por qué lo necesito. No es sólo su presencia -que me asegura, de alguna forma, que no estoy muerto, que estoy entre las rocas, con una zanja de sangre coagulada en el cráneo-; me dice cosas del que soy ahora, el rey del desasosiego, encerrado en un tubo de ensayo que, con mano irresponsable, yo mismo agito. A veces pienso que Basenji no existe, que soy yo resucitado, un corsé de hierro que me ayuda a caminar.

Bajo la escalera y lo encuentro sentado en el primer peldaño. Lo toco con los ojos (con la mano no me atrevería nunca). Me pregunto cómo será el tacto de su pelo de cobre apagado; si al tocarlo respondería a la antigua calidez de mis dedos.

Cierro la puerta de la torre y entro en el cuarto de máquinas. La habitación -que recuerda un aséptico almacén de hospital, forrado de azulejos inmaculadamente blancos- zumba como si entre sus paredes revoloteara un abejorro electrónico. Sólo están encendidos los pilotos verdes de la lámpara principal y del motor 1. Abro la puerta del cuadro de control y repaso, por puro placer, su oscura laboriosidad. Cierro de nuevo la puerta, como se cierra con pesar una caja de música, consciente de que todo el misterio queda encerrado en su interior. Arrinconada en una esquina, la vieja maquinaria de relojería no comprende su aislamiento, la razón por la cual ha sido privada de su antigua función, si conserva su inteligencia, su precisión, su metal intacto.

Salgo del cuarto de máquinas y avanzo por el pasillo hasta la cocina; abro la puerta del jardín y miro la leña almacenada bajo el ruinoso saledizo: es como mirar una larga

sucesión de ceros: 000000000... Me enfrento a un número sin principio ni final; lo llamo *el número del fuego*. Sin embargo, entro de nuevo en la casa, cargado con los troncos que arderán esta noche.

Tras escarbar entre las cenizas, encuentro las vísceras palpitantes de las brasas. El fuego se construye siguiendo las pautas de una arquitectura humilde sólo en apariencia: apilo agujas de pino, hojas secas y alguna piña sobre el foco de calor. No tarda en ascender una columna de humo densa, casi maciza. Envueltas en imprecisión, aparecen las primeras llamas. Poco a poco, crece la pirámide y es posible arriesgar astillas y troncos. Recibo múltiples señales de que el proceso del fuego es ya imparable, y bajo la guardia.

Pienso en el fuego. Esto es lo que pienso: el fuego es igual a derrochar. Un derroche crónico que está dentro y fuera de mí.

Basenji está sentado cerca de la chimenea y entre sus párpados rasgados aparece encendida su pupila infrarroja.

Recuerdo las fogatas en el desierto africano. El círculo de arena iluminado por las llamas y la columna de humo ascendiendo a una bóveda de infinito techo. No recuerdo a Basenji a mi lado, y, sin embargo, quizá fue allí donde lo encontré. Si Basenji ya estaba conmigo entonces, es posible que fuera él quien me arrastró por las rocas del acantilado aquella noche, dejando un rastro de sangre azabache.

Por un instante recuerdo las rocas, en la parálisis de la caída; estriadas como el vientre de una mujer preñada. Absurda fecundación. Un lleno vacío.

Vuelvo a sentir los haces del faro por encima de mi cabeza: un sombrero mágico, como el sombrero de los helicópteros y las luciérnagas, a medio acelerar, sostenido sobre el acantilado, con polvos mágicos de luz que entierran la oscuridad y desordenan constantemente el horizonte; un sombrero experimental y científico –calado como los electrodos de un encefalograma en la cabeza– por donde pasan mis recuerdos fragmentados: el desierto africano, el accidente, las rocas, Basenji... Toda mi amnesia sale despedida por los haces de luz y queda grabada, por un instante, en el caos del horizonte; sin tiempo para anotar, registrar, archivar, decidir qué hacer con la preciosa información.

A estas horas, en las que he pasado revista a todo y he olvidado todo, la semirrealidad en la que vivo despierta invariablemente en mí la sed de alcohol. He construido un alambique y he aprendido la fórmula de un alcohol absoluto. La cocina es mi farmacia, y mi medicina, destilación tras destilación, me espera sobre la mesa.

Los ojos de Basenji se reflejan muchas veces en el cristal, y el alambique, poblado de ojos, espoleado por el calor inhumano de su mirada fija, acelera el proceso de mi medicina. Me llevo la taza a los labios y bebo sin advertir a la lengua del caudal de lava que voy a verter sobre ella. Las papilas gustativas se erizan en un eczema indescriptible. Casi al mismo tiempo, la sangre coagulada de mi cabeza comienza a fluir y riega, por

canales y acequias, el jardín de mi cabello. Brotan flores de cardo.

Antes de que el alcohol comience su último proceso y la acetona se ensañe con mi cerebro, hay tiempo para soñar y fecundar la amnesia, para creer que estoy vivo, para resucitar la memoria y componer una realidad.

Veo a Basenji distinto: un perro amigo que se desvive por darme calor, me lame los zapatos. Sus ojos de pupilas infrarrojas tienen sueño y placer, y se cierran con los míos.

## II

Llegué al alcohol de una forma natural, de la misma forma natural con que algunos hombres saben qué hacer ante una mujer, sin necesidad de leer en los libros. La apetencia es un vacío que hay que llenar a cualquier precio: el vacío del hambre con el alimento, el vacío del blanco con el negro; el vacío del bien con el mal. También mi memoria vacía pide un contrapeso de imágenes, de recuerdos; acepta, incluso, su naturaleza irreal, mientras éstos sean capaces de llenar el cauce seco del tiempo.

Una nueva filosofía se instaura en mi cabeza gracias al alcohol. Durante unas horas, mis células se hermanan, se multiplican en una carrera sin tropiezos hacia una meta feliz. Esto hace el alcohol por mí, por eso lo inventé.

Cualquier fórmula no sería eficaz en un caso como el mío. Yo no engroso las listas de la estadística; yo elaboro mi medicina: los grados justos, la evaporación exacta, el color absoluto, y pago con el revés de la moneda.

Mi alambique se parece a Dios. Aquí estoy yo, en pecado concebido, esperando que obre su milagro.

El exasperante proceso se inicia a medianoche. Abrazada a las llamas, la cucúrbita cambia bruscamente de color y comienza a repetir en su pared circular, muchas veces, las trazas de la habitación, los ojos de Basenji. Tengo que contenerme para no levantar la montera y aspirar -como oxígeno en acceso de asma- el vapor virginal que comienza a ascender.

Con los ojos cerrados, empiezo a contar: uno, tres, cinco, hasta que escucho el sonido del alcohol golpeando la cubeta. Me precipito sobre ella, porque tengo urgencia de su contenido; pero la manejo con suma delicadeza, cuidando de no derramar una sola gota. Es un líquido impasible, que en nada delata su poder; por el contrario, retrata la inocencia. Me inspira el mismo respeto que siento por el vitriolo. Lo hago resbalar por el embudo y lo encierro en la botella de vidrio verde. Pienso en lo fácil que sería verlo arder de repente. Introduzco el líquido combustible en mi interior. Es como si leyera el prospecto de esta medicina y no pudiera dar crédito a su composición. Ya debería haber muerto (catalizadores... 5 y 50 °C límites extremos... aldehído acético... 90% alcohol y colas... 95% alcohol, mezcla azeotrópica... segunda destilación, cal viva, benceno, 100% alcohol absoluto) hace mucho tiempo. Me pregunto cómo, tras noches arbitradas por el alcohol, puedo seguir levantándome cada mañana.

No me dejo engañar fácilmente; no soy de esos que zarandean con rabia un aparato electrónico que deja de funcionar cuando más se necesita, y sonrían, orgullosos, en el

momento en que éste recobra la vida súbitamente, creyendo que el aparato, de pronto animado, ha sucumbido a su mandato, se ha acobardado ante su fuerza. Yo sé que lo único que sucedía es que había un mal contacto.

No entiendo esta costumbre de morir y resucitar, de arder y levantarme de las cenizas. ¿Seré un impostor?

### III

Poco después del amanecer, presentí una llegada. Mucho antes de que hiciese su aparición, yo ya sabía que estaba en camino, que avanzaba lentamente hacia el faro, como un buque fantasma o un cetáceo de gran envergadura.

Limpié los prismáticos y me senté a esperar. La niebla hizo su aparición por el oeste.

Así pues, no me había engañado: el gran mamífero había subido a la superficie para respirar y, a cambio de oxígeno, exhalaba esa densa cortina de átomos blanquecinos en la que se pierden los barcos. Ningún arpón acertaría a clavarse en su piel. Como un calamar que empujase su estela de tinta hacia delante, el cetáceo blanco cegó a los intrusos pescadores; les dijo: éste no es vuestro reino.

Cumpliendo mi obligación, puse en marcha la sirena. Un morse profundo, de búho mayestático, comenzó a surgir por la bocina, instalada en el saliente de la terraza. Igual que los intermitentes haces de luz del faro hacen que la oscuridad sea más negra, la sirena multiplica el silencio cada vez que su ensordecedora letanía se apaga. El oído soporta el sonido trepanador y se acostumbra a sufrir; deja que ese ritmo se hermane con los latidos del corazón y ensordece lentamente.

Basenji irradiaba inteligencia. Sentado en la terraza, no muy lejos de la sirena, sus orejas erguidas no denotaban dolor ni crispación alguna; aceptaba el sonido, igual que la niebla, sin protesta, haciendo frente a la realidad. Hace calor: pues bien, hace calor; llueve: pues bien, llueve; hace frío: pues bien, hace frío. Tampoco yo me rebelo contra la sirena, contra la niebla; no me escondo, y sin embargo es difícil tolerar tanta ceguera.

La niebla se parece a mi enfermedad, parece haberse introducido en mi cabeza y logrado ocultar todos sus archivos. No puedo acceder a la información de mi sistema central. Mi cabeza es un incensario; en la bóveda de mi cerebro retumba la sirena, muge como una vaca atroz. Mi cabeza, devastada por la niebla, es más pobre que la cabeza de las vacas. No, no quiero quejarme.

Busco entre las láminas de anatomía, y dejo el libro abierto sobre la mesa. Ahí está: el cerebro.

Sección transversal del mesencéfalo, sección sagital del encéfalo, aspecto posterior del tronco del encéfalo sin cerebelo; acueducto de Silvio; cuerpo geniculado medial; núcleo rojo; pedúnculo cerebral; tramo óptico; circunvoluciones y cisuras de la superficie lateral del cerebro; ramas de la arteria cerebral anterior; venas cerebrales interiores.

Todo bien guardado en la caja de resonancia del cráneo; guarecido en esa cueva oscura, inhóspita a todas horas. ¿De qué me sirve contemplar esta lámina? ¿En qué se parece este cerebro coloreado al mío? ¿Qué se oculta tras esa sustancia gris de Sómerring? ¿Acaso al pronunciar «Sómerring», enfatizando cada sílaba, habré articulado la palabra mágica y se abrirá la cueva del cráneo? ¿Qué contiene ese ovillo de lana viscosa del cerebelo?

Un nuevo libro y más láminas, más láminas... Cuadrúpedos. Aquí está: Basenji.

Cráneo, incisivos superiores, incisivos inferiores... Cerebro. ¿Es éste el cerebro de Basenji? Una incredulidad exacerbada hace que se me salten las lágrimas.

Continúa la niebla apoderándose de las gaviotas, del perfil de la costa, de las columnas que soportan la realidad.

## IV

Hoy ha sonado el teléfono. Siete veces. Después ha parado.

Mientras sonaba, yo estaba de pie, mirándolo con miedo. Así es cada vez que suena el teléfono. Porque si la persona que llama lo hace desde la oficina de costas, o desde la oficina del puerto, me hace preguntas que puedo contestar. Se refieren al faro, a una avería que lo mantuvo apagado durante una hora la otra noche y que pude solucionar, o a los componentes de una tarjeta electrónica que dejé encargados en la tienda y que han llegado. Pero si la persona que llama es otra, otra que me conocía antes del accidente, entonces me hace preguntas que no sé responder. Las preguntas se me vienen encima como un alud y termino por colgar el teléfono, ahogado por su peso.

No había transcurrido media hora cuando el teléfono volvió a sonar. Al oír la tercera de sus señales espeluznantes, descolgué el auricular.

La voz familiar de la mujer me hablaba en francés. Yo comprendía muy bien todas y cada una de sus palabras, pero no entendía su sentido. Esta mujer ha llamado más veces; habla con afecto, con ternura. Cuanto mayor afecto, cuanta más ternura denotan sus palabras, mayor es mi turbación, mi ansiedad.

A veces, como hoy, me ha parecido que su voz se entrecortaba, ¿podría estar llorando? Yo quisiera consolarla; de hacerlo, me consolaría a mí mismo.

Basenji estaba a mi lado, insensible a mi angustia, pero acompañándome más que esa voz esforzada del otro lado del teléfono que, acariciándome, me arañaba.

Mirando a Basenji me ha asaltado la pregunta: ¿conoce esta mujer a mi perro? Debo preguntárselo. Sin embargo, la pregunta se queda atascada en el duodécimo de los nervios craneales, en el nervio hipogloso –coloreado de amarillo en mi lámina de anatomía–, ese bendito transistor que enerva la musculatura de la lengua. Se queda ahí varada, o clavada con el alfiler del miedo. ¿Y si ella conociera a Basenji? ¿Qué significaría? ¿Basenji vino de África conmigo o nació aquella noche, en las rocas del acantilado?

Ella podría responderme, por eso no pregunto. Sin embargo, debo hacerlo. Ella volverá a llamar. Sí, se lo preguntaré otro día, cuando esté más sereno. Excusez moi, madame, il faut que je raccroche... Oui, un autre jour... S'il vous plaît. Je vous en prie... Debo colgar.

Me quedé mirando a Basenji, escrutándole casi con odio. Un odio tan parecido al que a veces siento por mí mismo que de nuevo pensé si decir «Basenji» es igual a decir «yo».

Le abrí la puerta del jardín y le dije que esperase fuera. ¿Esperar a qué? A serenarme. Quería estar solo. Pero ¿acaso no sigo estando solo en su compañía? ¿Por qué, casi inmediatamente, tuve que abrir la puerta, dominado por el miedo de no verlo nunca más?

Casi me atrevo a desear que suene de nuevo el teléfono.

## V

Los colores dejan de ser reconocibles y, emboscados por el viento, forman tantos grises que, en un prodigio algebraico, es posible operar en el binomio cielo y mar: términos irreconciliables que milagrosamente se encuentran del mismo lado de una ecuación.

Esta ecuación marca el inicio de un temporal. El párpado del cielo y el párpado del mar se cierran un poco más, confundiéndose, y el ojo no encuentra asidero en un horizonte que parece desbocado. Sin embargo, precisamente ahora, es muy difícil equivocarse.

La hierba se dobla como si una guadaña histórica y mal afilada la golpeará muchas veces, sin poder segarla; los árboles se tensan como arcos inútiles, y la confusión me da alas.

Toda esta fuerza, de duración incalculable, hace que abra la ventana. Me dejo vaciar por la visión, me dejo asietear por los vectores del viento, que apenas me vencen. Estoy hipnotizado y corro el peligro de que me guste. No tengo ganas sino de continuar de pie.

Llevo cerca de dos horas en este estado. Ni siquiera he prestado atención a Basenji. Su indolencia es ejemplar. A veces pienso que, si lo dejara caer por el acantilado, se hundiría en el mar como el muerto de una boya, sin intentar ganar las rocas.

Subo a la torre del faro, aún sin encender, y veo el temporal como debe verse desde el ojo inscrito en el triángulo de Dios: ahí abajo, azotando a los barcos, miserables arcas de Noé pilotadas por la impotencia.

En realidad no hay barcos; sin embargo, yo los veo en todas partes, en cada cresta de ola: veo los barcos y veo sus naufragios. La cúpula de bronce de la linterna concentra el mensaje del viento y vibra como un diapasón. Me da vueltas la cabeza.

## VI

A las tres de la mañana me despertó el sonido de la alarma. Basenji estaba al lado de la cama, incorporado sobre sus patas de cobre, esperándome. Los potentes sensores de sus orejas debieron de anticiparle la avería antes de que ésta se produjera.

La casa se encendía intermitentemente con el resplandor de relámpagos casi encadenados. Probé el interruptor, sin luz, y a pasos desiguales alcancé la mesa. Con la linterna en la mano, y precedido por el perro, llegué al cuarto de máquinas.

Fallo del motor 1; fallo del motor 2. No había parpadeo en los diodos led de color rojo. Una sobretensión debía de haber sedado su familiar tic nervioso y los cables del cajetín electrónico parecían un bosque lleno de trampas.

Es peligroso trabajar bajo una tormenta, tentar al rayo. El rayo tiene una sola servidumbre: quemar. Y ahí estaba la tormenta, como un ave rapaz, planeando sobre nosotros. Mi estado, sin embargo, me permite actuar resueltamente en estos casos. Este juego suicida no me inspira temor alguno. ¿De qué debería tener miedo? ¿De morir? Creo que podría apoyarme en el poste que sujeta el cable trenzado del pararrayos con la misma naturalidad con que lo haría en el pasamanos de una escalera.

Cogí el polímetro y comprobé los fusibles; la aguja decía «sí» con la cabeza. Encendí manualmente el motor e inicié el protocolo de avería.

En la torre hacía frío; la humedad incurable se condensaba en los cristales, y el último tramo metálico de la escalera sufría amagos de temblor. Desatornillé los cuatro tornillos que sujetan la caja negra, en la base de la óptica, e inspeccioné los sensores de velocidad. No estaban averiados; tampoco sus gemelos en el cuarto de máquinas. La avería se encontraba, por tanto, en algún lugar de las tarjetas electrónicas. Cambié las tarjetas dañadas por las de repuesto, y el faro recobró la normalidad.

En el taller, apuré los restos de una taza de alcohol y me compuse para operar sobre la tarjeta. Me resultaba imposible aplazar el trabajo. Los rayos me inyectaban euforia. Transistores, diodos, integrados y resistencias, dispuestos a lo largo de calles de cobre transitadas por corrientes, evocaban la maqueta de una ciudad aséptica y laboriosa. Sus puertas se abrían y se cerraban con estaño. Habría deseado intervenir en mi cabeza como en ese problema agradecido: ver la deflexión de la aguja, en la pantalla del polímetro, diciendo «sí».

Me quedé dormido sobre la mesa, arropado por los ojos carambanados del taller.



## VII

Segundo día de temporal. Continúa el postulado matemático de ayer. Los colores siguen ahí, al otro lado de la ventana, operando dividendos, divisores, potencias, integrales. Continúan los números del cielo y del mar conformando una tabla de Pitágoras que se encuadra en el marco de la ventana.

El viento ha arrancado algunas ramas de los ya malheridos árboles que sobreviven cerca del acantilado y las ha ido arrastrando, con dificultad, por la densa maraña de helechos secos que pueblan el barranco.

El viento tampoco se cansa de castigar la casa, e intenta filtrarse por las rendijas de las ventanas. Llega a su interior, tamizado por la trama de las viejas cortinas, en forma de frío, y entumece mi cuerpo y el cuerpo de los escasos muebles que ocupan la habitación.

Estoy tumbado sobre la cama, fumando un cigarrillo. Aspiro el humo blanco y lo expulso en forma de haz al exterior, rítmicamente, formulando una especie de conjuro contra el viento.

Hoy no abro las ventanas, ni me dejo ultrajar por el ídolo pagano del temporal. Me escondo en la habitación, cuya puerta cerrada guarda Basenji, y pretendo acallar el ponzoñoso ululato del viento.

El viento ha envenenado mis oídos, que supuran dolor. Es demasiado intensa la tentación de adelantar la cita con el alambique. Hasta ahora, con puntualidad exquisita, abría la puerta de la farmacia a medianoche. ¿Qué sucedería si rompiera mi rutina? ¿Qué sucedería si aumentara mi dosis de alcohol?

Durante los últimos días, he percibido cambios en la forma en que éste estimula y anestesia mi cabeza.

Anoche, en la torre, me fijé en los chorreones de óxido que caen de las tuercas que arman los montantes de la cúpula. Sobre la pintura blanca, el hierro ha abierto salpicaduras y espejismos rojos de Saturno. El óxido roe la estructura de hierro que remata la torre del faro y vulnera el cobijo de las lentes.

Yo sabía que el alcohol también padece un proceso de oxidación, y ahora creo que esa metralla que alojo en el cerebro, desprovista de minio, recibe también dentelladas de óxido.

¿Pero en qué forma actuará sobre la amnesia?



## VIII

Esta mañana volvió a sonar el teléfono. La llamada era de la oficina del puerto. Anoche, el temporal rompió la cadena de una boya luminosa, y ahora ésta se encontraba a la deriva.

Me dolía mucho la cabeza. Sin analizar un síntoma distinto que me atenazaba la base del cráneo, volví a levantar el auricular y marqué el número. Con una voz que casi ya no recordaba, solicité los servicios del remolcador del puerto y, sin lavarme, por no arrancarme la camisa que se pegaba enfermizamente al cuerpo, me dirigí al garaje.

Antes de arrancar el coche, Basenji se sentó como una esfinge junto a la puerta del jardín, haciendo valer su despedida.

En el embarcadero me esperaban los dos hombres. Eran los mismos con quienes, tras el fuerte temporal del año pasado, rescaté otra boya perdida. Sin embargo, ni ellos ni yo delatamos un reconocimiento. Los hombres parecían tener prisa por salir a la mar y yo nunca opongo resistencia.

Hacía frío. Los dos hombres entraron en la caseta de mando y comenzaron a charlar animadamente. Yo permanecí en el puente, observando con distancia la maniobra de salida, y encendí un cigarrillo que, pronto, preso de una náusea, arrojé al mar. Dejé de ver los muros artificiales que tantas veces intentan contener en vano el embalse del puerto y me quedé mirando, tanto tiempo como pude, antes de que me escocieran los ojos, la silueta del cigarrillo movida por un suave oleaje.

El temporal había cesado casi por completo; el cielo estaba limpio y ahora reconocía el azul de Egipto, surcado por gaviotas.

Los hombres continuaban charlando en la caseta y, a pesar del ruido del motor, y del dolor que aún trepanaba mis oídos, conseguí apresar fragmentos de su diálogo.

...los ojos de loco de este tipo... el año pasado, ¿te acuerdas?... dicen que el faro... está... acabemos pronto... Dios te oiga... no compares.

Ahora pienso que hablaban en voz baja –tan baja como el ruido del motor les permitía– y que, en realidad, yo leía en sus labios. Por eso se asustaban de los ojos de loco y deseaban que la travesía y la tarea acabasen pronto.

¿Acaso represento yo una amenaza? ¿Quién quiere librarse de un ser sólo esbozado?

El mar seguía envolviéndonos, acunándonos. Contábamos con las coordenadas

aproximadas donde la boya podría hacer su aparición. ¿Cómo no pensar en la boya como en mi hermana? A la deriva.

Los hombres continuaban hablando, y parecían haber olvidado mi presencia. La costa comenzaba a perfilarse con dominio y, después, divisé el peñón deforme en el que se asienta el faro. Me sorprendió verlo tan pequeño, y me hizo recordar la maqueta de una ciudad que se esconde en las tarjetas electrónicas. Ésta sería una maqueta solitaria, tan sutil como la brasa de un cigarrillo en la noche.

Por un momento, me acobardó la distancia. Debajo de aquella pincelada blanca, con forma de cerilla, imaginé a Basenji. Quizá me estaba esperando; quizá su cometido, su misión, fuera esperarme, a pesar de todo. Todo, ahora, era la masa gelatinosa en cuyo magma yo buscaba la boya.

Y, de pronto, como un milagro, allí estaba; flotando a corta distancia de proa, como un torpe cormorán que descansa del pesado esfuerzo de volar.

Doce metros de boya: el castillete, la escalera del trapecio, el cuerpo del flotador y el tren de fondeo, invisible y roto.

Amarrar el calabrote al asa fue una maniobra fácil. Los hombres reían. Yo no sentía sino lo que sentía el remolcador: que arrastrábamos un lastre. Era consciente del peso sin esforzarme, igual que el cetáceo es consciente de la rémora.

Por última vez, miré la diminuta efigie del faro, y pensé que pronto volvería a encontrarme con mi esqueleto.

## IX

Todos los días abro el grueso volumen, encuadernado en rojo, que lleva por título *L'Afrique Ancienne*.

En el extremo superior derecho de su primera página, sobre el nombre del autor y la repetición del título, leo en tinta verde: *V. Blanchard*. Este libro no es originariamente mío; se trata quizá de un regalo o de una compra en una librería de viejo, o quizá las dos cosas, porque no puedo adivinar quién se esconde tras el vértice puro de esa inicial. En cambio, sí recuerdo con exactitud, sin necesidad de buscar en la página doscientos dieciocho, que V es un jeroglífico egipcio que representa el agua. Precisamente agua: todo lo que veo. ¡Qué cabal y absurda coincidencia!

El libro se abre siempre involuntariamente por la página ciento noventa y seis: *L'Egypte. Religion. La mathématique des Pyramides*. Todas las páginas dedicadas al antiguo Egipto se pasan con facilidad y resultan livianas como hojas secas. Sin embargo, las páginas que guardan *Le trésor de Zimbabwe* recuerdan una amalgama de hojas verdes y húmedas, pegajosas de pulgón, que se resisten a ser examinadas. Una excepción: el binomio formado por las páginas cuarenta y dos y cuarenta y tres. En estas páginas se reproducen algunas de las pinturas de Tassili-n-Ajjer. Figuras de hombres de cabeza redonda con cascos, cuernos; imágenes de bueyes que sostienen un sol entre cuernos con forma de lira... Un anticipo de mi querencia por la página ciento noventa y seis.

Casi nunca leo el texto; aunque a veces me asaltan frases como «Yo soy el único Uno», o «la lengua y el corazón tienen poder sobre los demás miembros, porque el corazón está en todos los cuerpos y la lengua está en todas las bocas, de todos los dioses, de todos los hombres... de todo aquel que vive».

Me palpo el corazón, chasco la lengua, aún entumecida por efecto del alcohol, y me siento prisionero de la estupidez.

Yo no soy de esos que repiten oraciones y se adormecen junto con sus abnegados sufrimientos, pero ahí me quedo, con un corazón que empieza a latir con fuerza creciente y una lengua que ocupa todo el espacio de la boca, como un anfibio. «Yo soy el único Uno.»

Casi nunca leo el texto; me limito a pasar las páginas de forma lenta. Ocasionalmente, me detengo en alguna ilustración que creía conocer de memoria y en la que descubro un

detalle inquietante y alentador: Anubis, el dios de los muertos, con cabeza de chacal, pesa en la balanza el corazón del difunto, cuyo rostro en el fresco aparece borrado. Sus ojos producen el efecto de mirar hacia el exterior. Me siento observado.

Mirar e intentar interpretar este libro resulta más cercano e importante que volver a las numerosas fotografías que están asociadas a mi vida pasada y que conservo en un cajón. Todas estas personas de rostros tan precisos, que sonríen o me toman del brazo, se me antojan jeroglíficos negros, o mejor, falsificaciones de jeroglíficos. Basenji, sin embargo, es un jeroglífico vivo y esencial: mi única esperanza.

Tengo otros muchos libros en la librería de roble del faro: libros de medicina, de química, de geografía, de electrónica, de fotografía, de historia, y muchas novelas —embaucadoras del espíritu— que apestan a romanticismo. También en sus estanterías descansan objetos de barro, de madera o de hierro —¿esculturas?—, y cuadernos llenos de anotaciones que no puedo descifrar, pese a reconocer mi caligrafía.

Resulta inquietante que los lomos de los libros se parezcan tanto entre sí. De hecho, ordenados en las estanterías, parecen ladrillos de construcción, y el conjunto de la librería se convierte en un muro paralizante.

Más que el concepto de *ladrillo*, lo importante es el concepto de *argamasa*.

Mi relación con el significado es tan ambigua que me tapo la cara con las manos, como si quisiera apantallar el foco de una luz excesiva. Cojo los prismáticos y salgo al jardín a mirar los barcos, matriculados en la santa institución del comercio, que se dirigen hacia el puerto.

## X

A las diez escuché el ruido metálico de la moto del cartero, que subía la cuesta: más intenso, más débil, más intenso, según doblaba las curvas.

La verja estaba candada. Desde el otro lado, el cartero buscaba a Basenji con ojos aprensivos, sin decidirse a saltar. Se atrevió a llamar. Yo me escondí un instante tras la cortina. No tenía el menor deseo de encontrarse conmigo y, con el rostro satisfecho de un «yo he cumplido», dejó la carta, sobre la que había tamborileado impacientemente los dedos, debajo de una piedra.

Volví a escuchar el ruido del motor rebobinando la cuesta y salí al jardín casi inmediatamente.

El sobre era de color azul y de formato apaisado. En el remite: Dr. Tassili-n-Ajjer.

Me puse muy nervioso. Sin embargo, entré en casa con mucha lentitud, seguido por Basenji; abrí la puerta de la cocina y dejé el sobre encima de la mesa de madera. Abrí entonces la nevera.

Había algunas piezas de fruta y de verdura echadas a perder, apretadas entre sí y enlazadas por puentes de moho: las pompas fúnebres de la podredumbre. Ignoré el líquido empalagoso que encharcaba la bandeja de cristal y el goteo, en forma de estalactitas de almíbar, que aún se desprendía de la rejilla metálica, y cogí tres huevos.

Mientras los freía en la sartén, el hambre me pegaba en el estómago, y recordé que el día anterior no había comido nada.

El gesto de abrir la nevera, asomarme a su interior y volverla a cerrar, sin extraer ningún alimento de ella, es un acto que repito varias veces a lo largo del día: un reflejo mecánico, sólo fundamentado en la costumbre.

Comí con avidez y encendí un cigarrillo. La carta estaba escrita en francés.

El Cairo, 5 de febrero

Querido amigo:

Ayer recibí una carta del doctor Prieto, en la que me informa de que no acude usted a su consulta desde hace más de seis meses. También Mlle. Blanchard me telefoneó, preocupada por su estado.

Amigo mío, sé que usted cree que nuestro interés por su caso es estrictamente médico y que le utilizamos como a un conejo de laboratorio. Los médicos no somos seres puros, exentos de enfermedades, y nuestra enfermedad más común, es cierto, es la amoralidad para con el paciente.

Recuerdo una grata conversación con usted, en la que me convirtió en representante de todos mis colegas (quizá, como única cabeza visible) y me amonestó con sabiduría. He dicho «grata» y lo mantengo.

No niego que su caso plantea aspectos novedosos y de gran interés para nuestra especialidad (tampoco yo me libero de ese placer egoísta de observarle); pero créame cuando le digo que profeso por usted un sincero afecto y que, ante todo, deseo ayudarle.

El doctor Prieto piensa que yo podría alentarle a acudir a su consulta. Le ruego que lo haga, por su bien.

Tiene usted mi teléfono y mi dirección. Sabe que puede contar conmigo en cualquier momento. Por favor, hágame saber de usted.

Su amigo,

Dejé la carta abierta sobre el plato y vi cómo la grasa se abría paso por el papel. El foco de aceite iluminó las palabras «profeso», «Mlle. Blanchard» y «le ruego» de forma siniestra.

## XI

Ha sucedido algo terrible, algo terrible... He entrado en la cocina y en la mesa, sobre el plato, había una carta manchada de grasa. Era una carta de la oficina de costas. No estaba fechada en El Cairo, y las palabras encerradas en las balsas de aceite no eran «Mlle. Blanchard», «profeso», «le ruego»; las palabras subrayadas por la grasa eran: «asunto», «brevedad», «inventario».

El memorándum decía:

ASUNTO: INVENTARIO

Le rogamos envíe a la mayor brevedad posible el inventario del faro que todos los años supervisamos en estas fechas.

Póngase en contacto telefónico con esta oficina para especificar su pedido de componentes electrónicos.

Si su teléfono continúa averiado (imaginamos que como consecuencia del último temporal, pues llevamos varios días intentando contactar con usted), hágalo por correo urgente, lo antes posible.

Atentamente,

La sartén llena de aceite frío sobre la cocina, los cascarones de tres huevos, el esmalte de un reguero de claras en la encimera de mármol, colillas en el cenicero, y un sobre rasgado: sólo que, ahora, el remite era frío como la imprenta y se aferraba a la realidad con letras mayúsculas incuestionables.

Continúo en la cocina, sentado frente a la mesa, el plato, la carta manchada. No ha variado nada, sino la luz, cada vez más débil.

A las cuatro comencé a sentir un ligero temblor en la mano izquierda; ahora tengo que mantenerla sujeta entre las piernas. Con la mano derecha fumo. Cada vez que utilizo la mano izquierda para encender un nuevo cigarrillo, el temblor se desata. Por primera vez, estoy asustado. Basenji me observa.

Continúo sentado en la cocina. Ha cesado el temblor y cojo el listín de teléfonos, lleno de nombres indescifrables. La letra P... Dr. Prieto. El número de teléfono y la dirección de la consulta.

Me dirijo al teléfono y marco el número. Mientras suena la señal, no respiro.

—Consultorio del doctor Prieto. Si desea pedir hora, el horario de llamadas es de nueve a doce de la mañana, de lunes a viernes.

La cinta del contestador automático está trabada con el hilo tenso del pitido final. De

lunes a wrierneass, ¿es esto el humor? Un hombre se cae por unas escaleras y la gente se ríe. Un esclerótico confunde a su hermano con su padre y la gente se ríe. El contestador telefónico del consultorio dice «wrierneass». Suena el pitido. Entonces, me despierto.

Me siento extrañamente sereno. Me levanto y salgo al jardín. La noche está casi formada y el faro proyecta sus haces con templanza mecánica. La cordura se transparenta sobre el agua quieta y Basenji, como cada noche, se asoma al acantilado. Sin embargo, también hoy deberé adelantar mi cita con el alambique.

## XII

Esta mañana me levanté muy temprano, con un fuerte dolor de cabeza y una sensación de frío metálico en todo el cuerpo. Decidí darme un baño caliente.

El grifo de la bañera comenzó a escupir un agua de color cobrizo y el aire acumulado en el interior de las cañerías forzó la boca del grifo con sórdidos eructos. Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo sin lavarme.

Una vez desnudo en el agua, sumergido hasta el cuello, comencé a observar mi cuerpo. La piel, muy blanca, se oscurecía sensiblemente al llegar a los tobillos y a las muñecas, hasta el punto de que pies y manos resultaban ajenos. El sexo parecía un pez inerte, como inerte era la masa de agua de la bañera: un sarcófago maternal donde reposaba mi cadáver. Me ensoñé en esa muerte placentera; pensé en suicidas que eligen la bañera para dormir eternamente. Como tantas veces, me asaltó la idea de que, en realidad, yo ya estaba muerto, y cerré los ojos para acrecentar una sensación sólo apuntalada.

Recordé la carta manchada de grasa, los círculos de aceite que no podía lavar como mi cuerpo.

El coche se negaba a arrancar. Las luces que había olvidado apagar habían agotado la batería. Basenji adoptó la postura de la esfinge junto a la puerta y empujé el coche hasta la verja. Después, la retorcida cuesta se encargó de ponerlo en marcha.

Cada curva me devolvía un fotograma de la noche del accidente. Imposible reconstruir la secuencia.

Llovía. Los primeros edificios de la ciudad estaban empapelados con carteles que anunciaban la fiesta del carnaval. Todos estábamos invitados a participar: a las 7 p.m. aquí, a las 10 p.m. allá. Las letras mojadas ironizaban sobre la fiesta. Sin embargo, ahí marchaban ellos. Ellas eran ellos: una partida de marionetas que desfilaba por la calle con trajes de época alquilados. Por las pelucas blancas y rizadas se descolgaban algunos bucles empapados de lluvia. La ira se apoderó de mí.

El número 5. El edificio en chaflán. Dr. Prieto. 2.º izqda.

Subí los peldaños muy lentamente. En el rellano del primer piso me sentía ya fatigado y tuve que descansar. Cuando llegué a la puerta del consultorio, me dolía la espalda. No podría decir que estaba nervioso, pero me sentía otro.

La enfermera me invitó a esperar en una salita pequeña. Las paredes estaban empapeladas de rosas, y sobre las rosas del papel colgaban, enmarcadas, láminas de

flores silvestres con nombres latinos. Aquel jardín envolvente me repelía de tal forma que salí al pasillo.

—Perdone, aquí no se puede fumar. ¿Quiere esperar en la salita? Gracias.

Nada más sentarme entre las flores sonó el timbre de la puerta, y poco después la enfermera dijo «puede esperar aquí» a una mujer joven de pelo rubio.

La mujer murmuró un saludo, se quitó la gabardina húmeda y se sentó, cruzando las piernas. No parecía sensible a nuestra rosaleta, ni a mi presencia. El dibujo de un cigarrillo tachado con dos barras rojas se erguía sobre la mesa. Lo miró y, a continuación, sacó tabaco y mechero del bolso y empezó a fumar.

Me agradaba su proximidad. Exhalaba el humo con elegancia. Tenía los zapatos mojados. Recorrí el perfil de sus piernas hasta las rodillas, crispadas y bellas. Era fácil adivinar la forma de los muslos. Empezaba a imaginar su sexo oprimido cuando la enfermera abrió la puerta y me indicó que podía pasar.

El doctor Prieto estaba sentado tras una recargada mesa de despacho. Un caballo de plata; un juego de tinteros de plata, de los cuales asomaban sendas plumas de plata, y ceniceros de plata de todos los tamaños y formas posibles. Sin embargo, su cigarrillo encendido reposaba sobre un cenicero de cristal lleno de colillas.

—Buenos días, ¿es la primera vez que viene a la consulta?

No me conocía. Pero yo insistí.

—No.

—Ah, es verdad... Aquí tengo su historial. Veamos... problemas para dormir... ¿Vuelve a tener insomnio?

—Tengo otro problema.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Me tiembla una mano.

—¿Le tiembla ahora mismo?

—No.

—¿Le tiembla a menudo?

—No.

—¿Con cuánta frecuencia?

—Me tembló ayer.

El doctor Prieto abrió un poco más los ojos y me miró, como si acabara de entrar en su despacho y me observara por primera vez.

—Le tembló ayer... ¿Estaba usted, quizá, en una mala postura?

—No.

—¿Estaba haciendo algún esfuerzo?

—Estaba leyendo una carta.

La despedida fue rápida. La enfermera no debía anotar una próxima cita en su agenda. Me sentía turbado. El doctor Prieto no me conocía, no entendía ninguna de mis

preguntas, ni me había recetado medicamento alguno. Me crucé con la mujer rubia, que volvió a ignorarme. Y de nuevo estaba en la calle, donde seguía lloviendo.

Ahora me crucé con un grupo de quinceañeros, con las caras pintadas de negro y embutidos en sacos de arpillera, en los que se leía «Café de Colombia». Y, un poco más allá, dos niñas vestidas de hadas, cogidas de la mano y cubiertas por paraguas que sostenían a sus espaldas dos madres solícitas.

Sentado en el coche, sentí que me escocían los ojos; quizá un deseo reprimido de llorar.

### XIII

Me siento seguro aquí. El faro me protege de la vida y yo he anidado en él.

A veces, cuando voy a la ciudad, pienso que soy un muerto que sale del cementerio. Con mis ojos vueltos y mis andrajos, debo de asustar a la gente. Basenji, entonces, es mi perro lazarillo, y sin él no soy capaz de ver los días que pasan; es una suerte de testigo.

El faro tiene una anatomía fría y prodigiosa. Yo también puedo ser su parásito. Quizá me pegue a su piel para sentir un centro de gravedad, para ver por sus ojos de luz. A cambio, yo alimento sus baterías, reparo averías, repongo las gigantescas bombillas ennegrecidas por el tungsteno quemado, cuido de la célula fotoeléctrica... de su ojo de cíclope.

¿Por qué, entonces, este regalo mutuo que nos hacemos, esta muda necesidad recíproca, se vuelve contra nosotros? ¿Por qué el faro es también un infierno? ¿Por qué Basenji es también mi perro cancerbero?

¡Ladra, Basenji! A veces siento el impulso de ponerme a cuatro patas y ladrar frente a él, de azuzar esa indolencia. Ladrar y ladrar. ¡Ladra, Basenji!

Pero el perro ni siquiera sabe lo que es eso. Basenji no tiene nada que decir o, al menos, no tiene nada que decir por ahora.

También, a veces, siento el deseo de arrancar al faro su ojo de silicio y verlo desangrarse en su propia luz. Así, quizá, sabría cuánto lo necesito.

He recordado, de repente, el cartel anunciador del carnaval; el reclamo de máscaras y serpentinas, pegado hasta la saciedad en todas las paredes de la ciudad.

¿Y si me asomara a esa ventana? ¿Cuánto tiempo podría resistir lejos del faro? ¿Habría con alguien?

El faro está encendido. Todo está en orden.

## XIV

Hacía mucho tiempo que no entraba en un bar. En realidad, no sabía si me estaba sometiendo a una prueba, me infligía una penitencia o actuaba empujado por la necesidad.

El local era vulgar; algo que nunca decepciona en la noche. Las consabidas luces apagadas, enfrentadas a paredes y columnas que nada sostienen. En la barra se acodaban parejas, tríos y dobles parejas, uniformados con cazadoras de cuero e idénticos cortes de pelo. Quizá eran miembros de un mismo club.

Había algunas mesas dispersas en la penumbra, y muchos vasos, vasos por todas partes, brillantes como cuentas de collar. La música sonaba a través de dos enormes altavoces negros y acentuaba aún más la penumbra.

No podía quejarme. Todo favorecía mi condición de muerto. Me dirigí a una mesa vacía en un rincón y me senté a esperar. Al apoyar la espalda contra la pared, sentí el tacto de un papel. Me di la vuelta y vi, una vez más, el cartel anunciador de las fiestas de carnaval (supe que aún lo vería más veces). Las 12 p.m., el nombre del local, música en vivo.

Eran las doce menos cuarto. Un cuarto de hora de calma todavía para pensar qué hacer. Entonces vi las guirnaldas de papel. Me levanté, y estaba a punto de marcharme cuando la puerta se abrió y distinguí a la mujer rubia de la consulta, que entraba escoltada por dos hombres. Desvié el impulso de mis piernas y me dirigí a la barra.

Tenía que beber algo. Iban a dar las doce y estaba lejos de mi farmacia.

—Un whisky, por favor.

El camarero empezó a enumerar nombres de marcas, mientras limpiaba mi parcela de barra y los cercos de los vasos permanecían intactos.

—Da igual.

Sabía que, bebiera lo que bebiera, mi organismo, acostumbrado a su etiqueta negra, lo rechazaría.

La mujer rubia estaba sentada ahora en la mesa que yo había dejado libre, y sus acompañantes avanzaban hacia allí con tres vasos brillantes en las manos. Ella había encendido un cigarrillo y se había quitado la misma gabardina que le había visto en la consulta. Llevaba un vestido negro de punto y cruzaba las piernas como entonces. Apenas hablaba: bebía, fumaba y parecía distraída, también como entonces. Ellos charlaban con animación y se distinguían del resto de la gente.

Poco después, se abrió la puerta de nuevo e hizo su aparición un trío aún más

distinguido. Tres hombres negros, vestidos de negro, con maletines y fundas de instrumentos de color negro.

Del grupo de las cazadoras salió algún silbido y un sordo aplauso. Los músicos depositaron sus instrumentos en la tarima y se acercaron a la barra. El camarero llenó tres vasos con la misma botella con la que había llenado el mío, y me sentí identificado con ellos.

¡Qué dientes tan blancos mostraban al sonreír! Parecían tallados en luz. Recordé la dentadura de mis láminas de anatomía y me pareció que pertenecía a una especie inferior. También el blanco de sus ojos era espectacular. Sus movimientos, insignificantes, trascendían.

No me quedaba más remedio que mirarlos. Probablemente hablaban inglés, pero eran africanos. Africanos, sí, como Basenji. Pensé: todo lo que quiero está en África.

La bebida me estaba haciendo daño, pero me sentía extrañamente bien. Las guirnaldas, las cazadoras y los carteles de carnaval dejaron de incomodarme.

Volví a fijarme en la mujer rubia. Decididamente, era elegante. De pronto, consultó su reloj y sacó un frasco del bolso, del cual extrajo una pastilla. La empujó por la garganta con un sorbo de su vaso brillante y se puso a observar a los músicos y su negro equipaje.

¿Qué pastilla sería aquélla? Recordé que la había conocido en la consulta del doctor Prieto, por tanto habría acudido allí aquejada de alguna dolencia. ¿Cuál sería? Seguí observándola, preguntándome dónde residiría su mal. ¿Tendría insomnio? ¿Le temblaría la mano?

Yo la veía cada vez más perfecta, como si estuviera siendo esculpida por una mano invisible delante de mis ojos, y pensé que nada podía pasarle. Exhalaba el humo, bebía.

Los músicos empezaron a templar sus instrumentos, a reconocerse en ellos. Un saxo, un piano y un contrabajo. Se miraban, sonreían, parecían hermanos. De pronto, uno de ellos se adelantó hasta el borde de la tarima y levantó el saxo, concentrando toda la atención en un sonido albar que decía: ¡despertad!

Inmediatamente, me sentí hechizado.

La génesis. La música se hacía y se deshacía; se trenzaba y se destrenzaba, abría los ojos y los cerraba. La tarima era una isla africana. La mujer rubia estaba cerca de mí. ¿Por qué aquello tenía que acabarse?

Me sentí herido, como un niño. Pedí otro vaso de lo mismo, aplaudiendo hacia dentro y esperando que aquella felicidad se reanudara pronto.

Pero entonces la mujer rubia se levantó de la mesa, besó a sus acompañantes y, tocándose la frente, como si palpara fiebre, se dirigió hacia la puerta.

No podía dejarme así, no podía romper mi felicidad de aquella forma. Tenía que impedirselo. Avancé hacia la puerta y, en ese cruce de caminos —la puerta abierta, alguien entraba, ella salía y yo tras ella—, se volvió y dijo: «Au revoir».

Me quedé clavado en el sitio. *Au revoir*. Unos instantes después, como si despertara de un sueño, salí tras ella. No había nadie en la calle. Me sentí mareado. Tuve que apoyarme en la pared: un nuevo cartel de carnaval. Cogí una esquina y empecé a

arrancarlo muy despacio, ensimismado. *Au revoir.*

Entré de nuevo en el bar. No debía haberlo hecho. Ya nada era igual, aunque la música...

Cuando la música cesó, por segunda vez, me dirigí a la isla de la tarima y comencé a interrogar a los músicos sobre África. No entendían nada de lo que les decía. Yo no entendía su lengua... ¡Habladme de África!

El camarero me sugirió que volviera a casa, y yo nunca discuto. Al salir del local, sentí de nuevo el escozor de los ojos; quizá, un deseo reprimido de llorar.

## XV

He soñado con la mujer rubia de la consulta.

Entraba en la recepción de un hotel, vestida con un largo camisón de satén blanco y encajes, y llevaba una maleta pequeña en la mano. El hotel tenía varias puertas abiertas a una calle blanca de sol y polvorienta. La calle estaba invadida por una multitud uniforme de colores neutros: una especie de código de barras en movimiento. También en la recepción del hotel había muchas personas, sentadas en taburetes junto a mesitas bajas y redondas de madera taraceada. Vestían caftanes; algunos portaban turbantes y tomaban té en vasos de cristal con armazón de plata. Un enorme ventilador movía el aire con mucha lentitud desde el techo, y las paredes estaban decoradas con carteles anunciadores impresos con caracteres árabes y fotografías de Karnak y Gizeh.

La mujer rubia sudaba ligeramente, y sus pezones se marcaban en el camisón de satén como balines de plomo. Al llegar al mostrador de la recepción, dejó las maletas en el suelo y pulsó el dorado timbre de campana.

Apareció un hombre muy moreno, de negro bigote, vestido al igual que los otros con caftán, y sonrió a la mujer con exagerada servidumbre.

–Une chambre, s’il vous plaît.

–Mademoiselle vient toute seule?

–Non.

–¡Ah! Mademoiselle espera a otra persona.

–Oui, il viendra...

Entonces el recepcionista sacó del interior del mostrador el libro de registros y, abriéndolo, se lo ofreció a la mujer. Ella se agachó, abrió la maleta y extrajo de ella una pluma.

–Où est-ce que je dois signer?

–Ici, mademoiselle, s’il vous plaît.

La mujer quitó el capuchón de la pluma con mucha lentitud y, mordiéndose la lengua, como una niña que está aprendiendo las primeras letras, escribió: «V. Blanchard».



## XVI

He recogido el agua de la lluvia caída durante la noche en el pluviómetro. El contacto con el granulado invisible del contenedor de zinc me produce un rechazo denteroso. Las yemas de los dedos se quedan pegadas a la funda cilíndrica con vientre de embudo, y, al sacar la jarrita estilo Imperio de su estuche, siento deseos de soltarla de golpe contra el cemento. En cambio, me gustaría pintarlo de blanco –igual que las persianas de madera de la garita meteorológica–, porque sé que cuando abra la puerta nada habrá vulnerado la ascensión del mercurio por la vena del termómetro y anotaré 6 °C en paz conmigo mismo.

Vierto el agua en la probeta graduada, paso la uña por sus letras en relieve (SUPERFICIE DE RECOGIDA DE LLUVIA 200 cm) y anoto: 1,0 mm. Pienso: estos números no van a ninguna parte. Sin embargo, no dudo un instante en transcribirlos a la tarjeta postal que el día uno enviaré por correo al Instituto Meteorológico. Cumplo los diez mandamientos del faro con absoluta ceguera, en la creencia de que atentar contra cualquiera de ellos me condenaría.

La tarjeta tiene columnas, casillas, números y jeroglíficos: un círculo negro, igual a lluvia; un asterisco, igual a nieve; un triángulo con un círculo negro encerrado en su interior, igual a granizo; nuevos jeroglíficos para la tormenta, la niebla, el rocío, la escarcha. Este lenguaje me remite de nuevo a Egipto y a la infinita fatiga, el trabajo hercúleo de mi tesis.

Después, para culminar la ceremonia, me bebo el contenido de la probeta.

La lluvia, igual que el alcohol, forma parte de mi vademécum de fe. Riega y fecunda mis semillas más íntimas; mis células agrícolas enervan sus tiernas raicillas e imagino un prado de hierba incipiente y verdísima, flecos de seda al filo de mis órganos vitales.

El anemómetro gira con sus cazoletas blancas llenas de viento y chirría en su gozne oxidado. De nuevo siento el anuncio de una presencia inminente sobre el mar. Consulto el barómetro. Me gusta subir y bajar por los peldaños del barómetro, seccionarme la pupila con las rayitas negras y afiladas de su escala del uno al diez, y llenarla después con mercurio. La córnea debe teñirse de gris y medrar a su costa.

El brusco descenso de la presión corrobora el sentimiento de amenaza. Tengo que resignarme al viento que vendrá, al azote de la lluvia, al meteoro eléctrico; tengo que aceptarlo tan pronto llame a la puerta, decir que sí a todo, rellenar pacientemente todas las celdillas F de mi tarjeta postal, con los grados consignados en la escala de Beaufort. Tengo que estar en mi puesto.



## XVII

–Ese medicamento sólo se vende con receta.

El farmacéutico me miró desafiante, como si yo le hubiera amenazado.

Nunca discuto. Salí de la farmacia como había entrado, con las manos vacías y la sensación de ser un delincuente.

Sólo quería dormir, asegurarme unas horas de sueño en la que sería la tercera noche de temporal. ¿Qué podía hacer? ¿Volver a la consulta?

La perspectiva de los rosales, de los caballos de plata encabritados y los ceniceros inmaculados, unida a la repulsión que sentía hacia el médico, era superior a mis fuerzas. La ciudad me parecía una estafa. Y tenía que volver al faro, desandar tantos kilómetros sin haber conseguido nada, porque aquella persona responsable desconfiaba de mí. Cuando, en el fondo, yo había leído en sus ojos: toma la caja y trágate todas las pastillas, pero de golpe.

A la mujer rubia –que quizá tampoco puede dormir– le habría hablado de otra forma. ¡Cuántas veces había pensado en ella! ¿Y si estuviera sentada en la sala de espera de la consulta? ¿Y si hubiera tenido que volver como yo?

Demasiado hermoso, pero merecía la pena correr el riesgo, y, además, estaba la receta.

De camino hacia la casa del chaflán, compré un periódico. El viento no me dejaba pasar las páginas, que querían volar. Entré en un bar. Me senté en un taburete alto, junto a la barra, y pedí un café.

El café también me cura. Es otra de las preciadas medicinas que he descubierto de forma natural. Cuando estoy excitado, bebo café como en un cántaro. Ese color casi negro debe de anestesiar el ímpetu de las venas; matar un poco el mecanismo interior. Sólo un poco, por su bien..., para que descanse. Me tranquiliza el café, por eso lo preparo en abundancia, varias veces al día, y lo bebo con seriedad religiosa y responsable.

No sabía por qué había comprado el periódico; quizá como un gesto de normalización, ¿para parecerme a alguien?

La guerra, la huelga, los piquetes, las conversaciones bilaterales, el estreno teatral. Me sentí furioso conmigo mismo; también desamparado. ¿Por qué había comprado el periódico? No podía dejar de hacerme la pregunta. ¿Por qué había comprado el periódico?

Debo tener más fe en mí mismo, no sucumbir a los reclamos del paraíso: come esta manzana y lo sabrás todo... Pero ¡qué agotador ejercicio el de la desconfianza!

La enfermera me reconoció inmediatamente, pero disimuló su azoramiento.

—Espere aquí, por favor.

En la salita había una mujer joven con un niño de cinco o seis años que no paraba de moverse. Encendí un cigarrillo. La mujer miró el letrado con el cigarrillo tachado por dos barras rojas y pareció a punto de decir algo, pero mi mirada la disuadió.

El niño, al principio algo tímido, comenzó a instigarme con todo tipo de artimañas. Para disgusto de su madre, no parecía tenerme miedo. Ella lo llevaba a su terreno.

—No molestes al señor.

Parecía aprensiva. Me miraba y, al punto, apartaba la vista, simulando distracción. En el fondo, yo le agradecía que atara al niño con sus brazos; incluso me habría gustado que lo amordazara. Imaginé, con placer, que todas las espinas de aquellas rosas de la pared se clavaban en su piel angelical. Entonces, entró la enfermera y les pidió que pasaran.

Al quedarme solo, comencé a extrañar la presencia de... ¿me atreveré a llamarla V.? Recordé sus elegantes bocanadas de humo y sus piernas cruzadas; el pelo rubio y lacio, peinado por sus dedos; sus pechos agresivos inyectándose en mis ojos; su voz suave y quejumbrosa repitiendo: *au revoir, au revoir...* Recordándola, la salita se parecía menos al infierno y olvidé todo el odio que sentía.

—¡Ah, es usted!

Esta vez, sí me recordaba.

—¿Qué tal su... brazo? ¿Le ha vuelto a temblar?

Parecía nervioso y necesitado de ayuda. Yo le dije que quería dormir.

—¡Ah, de nuevo el insomnio! Ya veo.

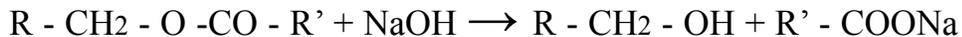
Al encontrarme de nuevo en la calle, sentí la fuerza del viento, que casi me doblaba. Imaginé que, al llegar al faro -desprovisto de los parapetos de la ciudad-, esa fuerza se multiplicaría dos o tres veces, y yo tendría dificultades para entrar en la casa y cerrar la puerta. Basenji, en cambio, estaría sentado junto a la verja, ofreciendo una tenaz resistencia a la orden de derribo, bien timbrada, del viento, y anticipando cifras finales al balance de la destrucción.

## XVIII

Los libros son causa de enfermedad. Sin embargo, no puedo sustraerme al placer de pasar las hojas y creer en su contenido. Me lo creo todo: ése es el problema.

¿Por qué todo lo que está impreso se convierte en realidad? La información, como un virus, se va inoculando, poco a poco, y al final TODO está en tu cabeza: teorías irrefutables, fórmulas incuestionables, verdades como puños..., para ti que eres crédulo, biempensado, generoso de intención.

Creo a pies juntillas en la fórmula:



¿Por qué no habría de creer?

Dice el *Libro de lo que hay en el mundo inferior*: «¡Cuán triste es descender al País del Silencio! Duerme quien padece insomnio, y quien no dormía de noche yace ahora inerte para siempre!».

¿Cómo no hacer tuyo este lamento, reconocerte en él?

Y, sin embargo, luego recapacito: soy demasiado generoso, demasiado confiado; los libros pueden estar equivocados. Siento escalofríos sólo de pensarlo: los libros pueden estar equivocados. Y hasta *L'Afrique Ancienne* se me revela como un foco de infección.

Los libros no se estremecen, no dudan, dicen: esto es así; la descarga acciona la bomba que; el Nilo tiene este caudal; sometida a la prueba del carbono 14, la tela demostró que; el mercurio es el líquido más denso que existe.

Verdades como puños, sí. Mientras se leen, es imposible resistirse a su fatalidad.

Me repito que soy consciente de la enfermedad y continuo deslizando los dedos sobre las páginas, subrayando datos y afirmaciones para la colección de mi reciente memoria.

Cuando esta familia de datos me abrumba con su celoso instinto de protección (no quieren que hable con nadie; no quieren que salga; temen por mí) me salpica la duda: ¿y si mentís?

Sólo los jeroglíficos no mienten. Ésta es mi tesis.

## XIX

Ha salido el sol. No sé si es el sol de los vivos o el sol de los muertos.

«Te haces sitio en el cielo, entre las estrellas del cielo, porque eres una estrella... Miras por encima de Osiris, mandas en los difuntos, estás a distancia de ellos, no eres de los suyos.»

Tantas vueltas alrededor del sol, tantas especulaciones acerca de sus confines, lo han deslustrado. Aquel que tuvo tanto poder ya no lo tiene. Aquel que recibió tantos nombres y honores, que fue adorado y temido, y ocasionó tantas cegueras; el que una vez —esto lo sabemos pocos— también encegueció y fue atendido por Ur, el eminente doctor uránico, el distinguido oculista; aquel que trajinaba entre *el campo de los juncos y el campo de las ofrendas*, dejando embobados a los hombres; a quien el mismo faraón no dudó en pedir ayuda; ése, ya no es Re: es un desheredado del universo. A mí ya no me engaña.

Cantan los pájaros. No sé si cantan a la vida o a la muerte. Sus gorjeos estridentes martillean mis oídos con ilustrada ferocidad.

Son muchos o parecen muchos, dispuestos quizá estratégicamente sobre las ramas protegidas por amianto. Porque los pájaros son eléctricos, están cargados de energía (si no fuera por el amianto, a buen seguro carbonizarían las ramas, las reducirían a cenizas). Son bombillas autónomas, agresivas, a las que agrada confundir, camufladas entre el follaje y armadas con ese sonido que carcome el aire. ¡Los pájaros! ¡Ministrillos de la agonía! ¿A quién queréis engañar en este jardín? Id a corromper a mis vecinos de la ciudad, llenad su rayada materia gris, su gris lobotomía, con vuestros trinos; os lo agradecerán mucho. No agravéis el odio que siento por vosotros.

Enfermo de escucharos, me obligáis a coger la escopeta de lo alto del armario, a limpiarla ceremoniosamente con un trapo, a cargarla, a apuntar..., pero ¿de dónde viene ese sarpullido de notas?, ¿las hojas de qué árbol criban esa música infernal?

Espero. En algún momento vais a cometer un error.

Ha sucedido. Durante un instante, he visto un corazón en la mirilla de la escopeta. ¡Le he acertado!

¡Qué silencio, de pronto! Han enmudecido a un tiempo todos mis visitantes. Basenji se adelanta hacia el lugar de los hechos Yo saboreo el silencio, con una punta de amargor, y siento un escalofrío en el estómago. Basenji husmea el terreno con gran serenidad.

Ahora avanza hacia mí con un bulto entre los dientes. Me lo arroja a los pies.

Es un petirrojo. Tiene la cabeza vuelta hacia un lado, lastimeramente desencajada del cuerpo por un zarpazo de sangre. La mancha perfecta de su pecho tiene un color tan cálido que me escuecen los ojos y lagrimean.

Tomo al petirrojo entre las manos, con mucho cuidado. Todavía está caliente, aunque toda su energía debió de salir disparada por el canal de la herida y ya no quema.

¿Qué he hecho?

Primero es el desconcierto. Todo parece fragmentarse. Hasta que de pronto la imagen se recompone de manera fulminante. La pregunta se responde por sí sola.

Acaricio al pájaro, lo aprieto contra el pecho. El sentimiento de culpa es infinito. Reacciono. Pienso: no debo avergonzarme, pero me vence este tierno cadáver.

Basenji, mi único testigo, me mira fijamente. No me perdona esta flaqueza. Noto su desprecio. Sé que tiene razón, que debo reponerme, pero no puedo abrir el nido que he hecho con las manos, ni desprenderme del fardo caliente de... mi alma. ¿Este pájaro es mi alma?

Veo a Anubis en el juicio de Osiris. Pesa en la balanza el corazón del difunto. En el otro platillo, una pluma. El alma del muerto no debe ser más ligera que la pluma, símbolo de la verdad.

¿Cuánto pesa mi alma? Me tiemblan los brazos, las manos. No puedo ni imaginar el peso de este pájaro. Estoy aterrorizado. En cambio, el sol, el pregonero oficial de la alegría, brilla por encima de mi cabeza. Yo recuerdo a Osiris, el sol del infierno, y el misterio fundamental de la noche: la unión del sol con su cuerpo.

Cierro con fuerza los párpados y confío en la resurrección del pájaro.

## XX

Una vez más, la imagen del desierto me llena la cabeza. Ininterrumpidamente, arena. Blanca, amarilla, naranja, a distintas horas del día.

Cuando es blanca, como ahora, el horizonte se tambalea envuelto en cataratas. Avanzo como un esforzado insecto por dunas infinitas, dejando tras de mí huellas anonadadas. Las dunas se encadenan sutilmente y forman una cordillera peligrosa de picos mansos sólo en apariencia.

Bebo un poco más de alcohol. Los poros de mi piel se abren, se cierran, se abren, se cierran, se erizan.

No recuerdo cuánto tiempo llevo bebiendo, pero sé que he anticipado mucho más que de costumbre esta cita por culpa del pájaro muerto. No me lo puedo quitar de encima. Su cabeza ladeada, la salpicadura de sangre. Debo de haberlo matado mientras dormía. No soy responsable de este asesinato que se repite y multiplica hasta convertirse en una matanza.

Vuelvo a ver los pechos nerviosos de V. Deseo jugar con ellos, hacerlos resbalar por mis dedos, como arena.

Me imagino arrancándole esos cucuruchos de encaje del sujetador, y veo sus pechos triunfantes, florecidos en los pezones, obsesivos, hipnóticos, dulces imanes para mis manos.

Deseo ser amamantado, crisar los labios y succionar el jugo resinoso del placer. V. me amamanta como una madre egoísta. Deja caer la cabeza hacia atrás y entreabre sus labios. Una hilera de dientes blanquísimos presiona, luego, su labio inferior. No quiere dejar escapar esas notas quejumbrosas que me deleitaría escuchar.

*Mon coeur, mon enfant... ouvre bien ta petite bouche... un peu plus...*

Pero, en realidad, la leche no llega nunca; me estoy deshidratando. V. juega cruelmente conmigo. Su disfraz de madre deja de engañarme; me rebelo.

Bebo más alcohol, para acrecentar esta voluntad de rebelión; sin embargo, sigo siendo un niño, un enfant qui a besoin de sa maman.

Desearía ser un hombre. Barba poblada, todo el cuerpo protegido por un vello negro y denso; alejarme de esos pechos envenenados; hacer otra cosa con esta mujer.

Bebo más alcohol, a riesgo de desdoblarme.

La arena del desierto sigue siendo blanca. Tan ciego como el sol, me dejo caer en ella. Hago una almohada con las manos y siento las quemaduras de la espalda como despiadados hormigueros. El sol no se quiere poner nunca.

Basenji, el perro africano, no teme al sol. Lo sostiene sobre su cabeza con la naturalidad de un dios. En algún lugar he visto esa imagen. Las orejas levantadas en tensión. La espiral del rabo. Otro perro. ¿Dónde?

La arena lo ocupa todo. La habitación está llena de arena; no puedo avanzar hacia el alambique; me hundo en la arena... tengo sed... me estoy deshidratando... la arena me responde. Un poco más de alcohol... , pero la arena se interpone, una duna sucede a otra. Este castigo ejemplar se parece demasiado a la muerte.

## XXI

Me ha llamado mi madre por teléfono. Apenas han transcurrido unas horas y ya no puedo recordar la conversación. En realidad, debe de haber sido un monólogo, y no muy largo, porque sí recuerdo haber colgado el teléfono con la sensación de pecar.

No podía tratarse de un engaño: la que hablaba era mi madre, *mi madre*.

Ahora estoy fumando. El cigarrillo acapara toda mi atención. La brasa y el humo se suceden reglamentaria, lógicamente. La tos no puede ser consecuencia del humo; es consecuencia culpable de mi madre. Si mi madre no hubiera llamado por teléfono, yo no tosería con esta desesperación.

Mi madre me ha recriminado. No puedo recordar sus palabras, pero todas ellas me herían. Seguramente me conoce muy bien y sabe dónde se clavan los dardos. Debe de contar con la ventaja del conocimiento. Yo, en cambio, no sé cómo defenderme si no es con el olvido.

He sacado la foto del cajón. Su imagen se corresponde con la voz. Una mujer alta, dura como un pedazo de madera; es imposible saber por qué sonrío. El moño que le atenaza la nuca debe de tirarle de la cara. Las cejas, depiladas mentirosamente, aumentan la teatralidad de su expresión. Toda ella reniega con coraje del pasado, de cada uno de sus días. No cabe duda de que es una mujer amargada y mezquina. Lleva un elegante traje de chaqueta espigado; tiene cintura y caderas, pero no las siente. Poco más: dos pulseras de oro en la frágil muñeca; los ojos son pura ceniza.

Mi madre me ha estado recriminando con delectación; me ha rogado que hiciera cosas, si no por mí, por ella. Las he olvidado. Yo estaba ahí, pegado al teléfono, por una erupción de resina en las manos.

Las madres se han hecho para cantar canciones de cuna a sus hijos. Si cumplieran con la misión que la vida les ha encomendado, las amaríamos hasta el final, incluso después de su muerte. En los momentos difíciles, escucharíamos la melodía tranquilizadora. La frente quedaría sanada al instante; el río turbio de los pensamientos se apaciguaría y, en su lugar, aparecería un estanque: las notas caerían en él como piedrecillas amables y las ondas se multiplicarían con infinita elasticidad. La epifanía de una sonrisa humedecería nuestros labios, hasta entonces perlados de alcohol desgraciado.

Me dejo llevar por esta ilusión. Sustituyo a mi madre por una imagen anestésica de

leche tibia. Quisiera ser amamantado. Los pechos de V. vienen en mi auxilio. Dulce de leche. Cantarina leche. Cuna de leche. Demasiado hermoso; mi madre no puede ser este incesto delicioso. V. deja caer la cabeza hacia atrás y entreabre los labios con placer. De nuevo, esta mujer suplanta mis aspiraciones más puras. Sustituyo a V. por mi madre. Inmediatamente, por el rictus de su boca empiezan a salir las culebras de las recriminaciones. Sustituyo a mi madre por V., que empuja la cabeza hacia atrás y entreabre los labios con placer. Sustituyo a V. por mi madre disecada. Sustituyo a mi madre por V. entre brillantes sábanas blancas. Sustituyo a V. por mi madre.

Este juego maldito comienza a irritarme. La perversión se acumula en mi cabeza, con ganas de hacer daño.

Quizá si yo fuera una mujer sabría cómo herir; tendría la erudición de la ponzoña; a estas alturas, habría incluso matado.

Basenji, créeme, no soy un cobarde.

## XXII

He empezado a regar el pequeño retal de tierra bajo el cual enterré al pájaro. Me siento ennoblecido por esta actividad y tengo la certeza de que algún día me será recompensada. Seguramente todo empezará por un tímido brote de hierba; después, quién sabe. Tengo grandes esperanzas, esperanzas *vertebradas*.

Antes de enterrarlo, dos días después de muerto, lo llevé a la mesa del taller de electrónica; lo puse debajo del foco y, sin más miramientos, lo abrí en canal con ayuda del cortatramas.

Me encontré con una anatomía sorprendente, de económicas proporciones, bien ajustada al aireado habitáculo de la carcasa, que debía de cumplir sus funciones a la perfección hasta el momento del disparo.

Limpié todo aquel interior de oscuridades y coloqué en el cenicero las vísceras del animal. Actué resueltamente, como un embalsamador de oficio.

Por último, sellé los ojos y el pico del pájaro con estaño fundido, y sentí que le aseguraba una paz eterna. Lo envolví en un trozo de sábana y con rotulador negro encomendé su alma a Anubis.

Salí al jardín con el precioso bulto entre las manos y comencé a caminar por él, de un extremo a otro, en círculos, incluso entre las zarzas; palpando el terreno, buscando la inspiración, como los zahoríes.

En aquel punto la tierra parecía caliente. Me detuve cerca del árbol negro quemado por el rayo y comencé a escarbar. Pensé que debía hacer todo el trabajo con las manos y desechar cualquier herramienta; que era más digno. Además, las manos me quemaban como si, de alguna forma, desde el día del disparo continuaran pegadas a la escopeta, y el contacto con la tierra actuaba sobre ellas como un bálsamo.

Basenji me observaba con calma, sentado sobre sus cuartos traseros, como un dibujo estilizado que no siente, mientras yo, a cuatro patas, escarbaba como un perro.

Abrí un hoyo muy profundo, cada vez más caliente, hasta que el imán de la tierra dejó de actuar. Entonces deposité blandamente la mortaja, que parecía allí un pañuelo sucio, y, rápidamente empecé a cubrirla de tierra.

Apisoné la tumba, empeñada en sobresalir como una joroba, y me quedé ensimismado, mirando mis zapatos manchados de tierra, sin saber qué había hecho. Sentí hambre.

Después de aquel día, volví al lugar muchas veces. Me acercaba hasta allí e intentaba balbucear una oración. Enseguida me arrepentía. No sé cómo pueden rezar los culpables

si son verdaderamente culpables; si eran culpables antes y después del *hecho culpable*. ¿Qué podría aducir en mi descargo? ¿Qué importancia tiene que matar al pájaro fuese tan doloroso como matarme a mí?

Entonces, milagrosamente, pensé en el agua. Traduje: si el esperma del riego toca al pájaro, lo que sólo duerme despertará. Ningún muerto puede resistirse a engendrar.

Dudé si me habría equivocado al sellar su pico con estaño; luego me tranquilicé pensando que el agua siempre encuentra caminos.

Ahora me siento seguro. El conocimiento juega a mi favor. Ahora sé muchas cosas que desconocía antes; no vacilo. Tanta fe y la emoción expectante, sin embargo, me producen un sostenido dolor de cabeza, a menudo intolerable. Sólo estas fases de migraña logran abatirme y me arrancan, temporalmente, pedazos insignificantes de esperanza.

Mientras tanto, la metamorfosis se está produciendo ahí debajo y la imagino larvada, blanca –como corresponde a la inocencia–, abriéndose hueco en la tierra, tomándose su tiempo para crecer.

## XXIII

Me obsesiona la idea del tiempo. En realidad, lo dejo pasar como si de un caudal de agua se tratara: meto la mano abierta, cierro el puño y... nada, sólo la mano mojada, la sensación de agua.

Me siento empapado de tiempo, arrugado por un contacto largo y carcelario. De alguna forma, un potente cronómetro marca tiempos distintos dentro de mi cabeza. A partir de determinados acontecimientos (la carta, el sueño de V., la muerte del pájaro, el accidente) mi vida se descompone en fragmentos, a veces independientes; otras, como corredores de relevos, unos entregan el testigo a otros.

Los sucesos y sus tiempos pueden sumarse, dividirse, multiplicarse, o, simplemente, ignorarse, o borrarse unos a otros. Cuanto más lo pienso, más vidas distintas, más casilleros, y en cada casillero, el cronómetro activado: tres días, dos horas, seis minutos; siete días, doce horas, tres minutos. Sin embargo, qué imprecisión, cómo los acontecimientos desfiguran la carrera. Y vuelta a empezar, cabizbajo, cansado.

Además, también los casilleros se fraccionan en celdillas. Por ejemplo: la muerte del pájaro marca un casillero, y ya el cronómetro se pone en marcha; pero luego, además del disparo y del acto de matar, está la muerte misma, y después el reconocimiento de la muerte, y la rigidez del pájaro, y la presunción de inocencia, y el dictamen de Basenji; y en cada uno de estos momentos, el botón rojo del cronómetro baja y anota un tiempo –que deja registrado en su memoria electrónica–, y así se forman las celdillas; y este vicio de presionar el botón rojo se paga caro a la hora de asimilar el tiempo, de recapitular.

Uno desearía ver la flecha correr linealmente; e igual que pone cruces en los casilleros de las tarjetas meteorológicas, anotar con mansedumbre: esto sucedió el día seis de febrero; pero he aquí que en los sucesos todo es granizo desigual, desatento a coordenadas, y esos pedazos se resisten a ser pegados, no quieren ni oír hablar de una restauración.

Es inhumano: cada vez que doy marcha atrás, continúo avanzando en el tiempo. Yo soy yo, y estoy montado en un coche; el coche es mi memoria y yo acciono la palanca de cambios, y el mismo camino lo recorro hacia delante y hacia atrás... y –¿por qué no?– al mismo tiempo.

Primero, los tiempos marcados por el botón rojo del cronómetro parecen hitos de piedra; luego, intentas comprobar su resistencia y encuentras un fraude de arena.

La idea de tiempo es un lastre del que no sé cómo escapar. Gracias al tiempo me duele

la cabeza. Los ojos tiznados buscan en el mar una jabonadura, una calma azul.

El tiempo es un instrumento en nada parecido al cronómetro. El cronómetro es un mal chiste, una singladura por el barro, una comida masticada y vuelta a masticar por encías desdentadas y sangrantes. Tanta precisión no sirve de nada.

La apasionante electrónica, que tantas veces elevo a un orden superior –al orden interplanetario–, no deja de ser un lamentable hormiguero expuesto al pisotón de un gigante.

El instrumento del tiempo se vale de subinstrumentos imperfectos, como el cerebro, al que constantemente aplica mecanismos correctores. Igual que un oculista empareda un ojo miope tras unas lentes.

En el origen, todo es un error. Lejos de advertirlo, perseveramos en el error. Yo miro y remiro, con ansiedad, las láminas de mi cerebro en el libro de anatomía y, en realidad, no veo sino dibujos emborronados. Sólo a través de tachaduras se leen los nombres mecanografiados: tálamo, núcleo caudado, núcleo lenticular.

Llena de pilotos encendidos –verdes y rojos–, la vida se parece demasiado al cajetín electrónico que rige los destinos del faro. Quizá por ello empeño tantas horas en su vigilancia. Las ideas no son sino tapaderas de averías para las cuales no existen componentes de repuesto.

Esto no es una idea: *sé que estoy perdiendo.*

## XXIV

La planta del edificio es rectangular. Sin embargo, el apéndice circular del faro se adhiere a su cara norte y rompe la línea perfecta, engordándola en su centro con un vientre inesperado. La planta tiene, así, un parecido –quisiera pensar que casual– con la de una iglesia, en la cual el vientre del faro equivaldría al ábside.

También, al analizar la distribución del edificio, vuelvo a toparme con el orden místico que se supone favorece a la oración: habitaciones iguales y enfrentadas a ambos lados de un amplio pasillo que va a morir en la torre circular del faro. El pasillo es la nave principal y las habitaciones conforman las naves laterales y sus capillas.

Si pienso en el ingenioso responsable de este edificio, veo una máscara de yeso delante de una mesa de despacho cubierta de planos. El proyecto se le fue de las manos incluso antes de que le fuera encargado. Veo a este hombre *ajeno* distribuir huecos de puertas y ventanas y, como si fuera la pieza de un mecano, colocar la torre del faro en la fachada norte, y luego veo el dibujo de la planta y me admiro del resultado: una iglesia.

Las iglesias no son casas. La iglesia es «la casa de Dios», dicen. Le han hecho una casa para que no coja frío. Y Él está allí a todas horas, para escuchar «te ruego», «perdón», «gracias».

El alambique se empeña en reflejar mis ojos de excomulgado. Mientras bebo, me parece subir la escalera de caracol que se levanta en el ábside, me parece que la barandilla no me asiste cuando, ciego de vértigo, gano un nuevo peldaño. Una cuerda tira de mí hacia arriba y la gravedad succiona con fuerza hacia abajo.

Mientras bebo, me parece que he alcanzado la breve plataforma de la óptica y veo los haces de luz espeluznante reventar contra la noche. Éstas son las gárgolas de mi iglesia.

Pero continúo bebiendo. Bebo aún más y el alcohol empieza a abrir compuertas. Aquí están la mutación y la fuga. La plataforma de la óptica se convierte en el puente de un barco agitado por una fuerte marejada. Estoy en el exilio del mar. El faro está lejos, muy lejos. El ritmo de sus destellos se vuelve loco. Quiero volver al faro, necesito volver al faro, estar dentro de él. Tiendo los brazos hacia los brazos de luz, y el frágil equilibrio que mantengo sobre la cubierta se descompone. Voy a caer al mar.



Esta mañana, volví a llenar la bañera y a ver mi cuerpo desnudo deformado bajo el agua. El sexo, tan reducido, el color tan blanco de la piel, las ramificaciones espirituales de las venas... un cuerpo cada vez más parecido al de un ángel. Sólo la cabeza, atormentada por el dolor y guillotizada por la superficie del agua, se mantenía ajena a esa visión de pureza.

El cerebro parecía hinchado, como una vejiga de aguas negras; cualquier movimiento se traducían en un pinchazo insoportable, y las lágrimas que escapaban de los ojos caían en el agua de la bañera y se desleían en ella como una tinta culpable.

Me sentía acorralado por el agua, que recibía el sobrenombre de Moral. Mi sexo de querubín representaba el perfecto triunfo de esa Moral. Estuve recordando largo tiempo la función del sexo; lo veía, proyectado en una pantalla imaginaria, erecto y ligeramente arqueado, congestionado en sus paredes de sangre; también, en la pantalla, vi la sucesión de labios y ondas de un sexo de mujer. Veía la película con toda claridad, y el movimiento insinuante, la proximidad. Sin embargo, bajo el agua de la bañera, ni la más leve transformación: el sexo profundamente dormido, ligeramente reclinado hacia el lado derecho.

Salí de la bañera con la piel arrugada y me envolví en la toalla. A pesar del intenso color azul de la felpa, ésta no podía disimular su suciedad. Los microbios de una humedad vieja no tardaron en corromper de nuevo mi cuerpo.

Me desprendí de la toalla y avancé hacia el espejo del lavabo. Las pupilas brillaban en el fondo de dos barrancos hambrientos; la barba no podía ocultar dos mejillas socavadas, tampoco dos surcos profundos que encerraban la boca en un terrible paréntesis. Una grieta negra arrancaba del intermedio de las cejas e iba a morir en el centro ilusorio de la frente. La nariz comenzó a aletear con fuerza y sentí un vapor muy caliente que salía de esos agujeros negros y me quemaba el labio superior.

Otra vez el dolor en los ojos, transmitido de pestaña a pestaña, y las lágrimas rebasando un párpado sin vida. Sin dejar de llorar, cogí la brocha de afeitarse, el jabón y la maquinilla. Las lágrimas resbalaban por la espuma y abrían en ella pequeños surcos rosáceos. La cuchilla, demasiado vieja, comenzó a levantar la nieve y pequeñas escamas de piel, bajo las cuales, enseguida, aparecían regueros de sangre. Me temblaban las manos.

Todo esto, este regalo atroz que le hacía a mi cuerpo, tenía su origen en la llegada de

un técnico del Instituto Meteorológico, anunciada para las diez.

Preparé café y me senté a la mesa de la cocina con las manos sobre las rodillas, como un colegial que espera en la antesala del despacho del director que la puerta se abra y le hagan pasar.

Sonó la bocina. Volvió a sonar dos veces.

¿Por qué toda esta gente es tan vulgar? Siempre he pensado que estar en contacto con determinadas cosas debería ennoblecer a las personas. El médico, tocando casi con los dedos la enfermedad y la muerte, debería, al menos, aprender a enmudecer. Al fin y al cabo, este hombre joven, algo cargado de espaldas, era un meteorólogo; el objeto de su estudio es un catálogo sagrado (cuando abro mi libro de meteorología, siento que abro las Escrituras de la física). Como si ignorara su posición, el hombre parecía pedir limosna con todos los sentidos. Las preguntas innobles no tardaron en arreciar: ¿Completamente solo? ¿Cómo pasa el tiempo? Esto es muy bonito, desde luego, pero tanta soledad... ¿Y no le gustaría, al menos, tener un perro? ¡Ah, tiene uno!

Como siempre en estos casos, Basenji había desaparecido. Muy pronto, el técnico dio muestras de sentirse abrumado por mi presencia y comenzó a trabajar en silencio. Dos horas más tarde, los plumines del recién instalado anemómetro electrónico comenzaron a rasgar el papel pautado con su histérica caligrafía. Inmediatamente, me sentí hipnotizado por las cabalgaduras paralelas de la tinta azul y la tinta roja. La primera impresionaba la velocidad del viento; la segunda, su dirección. Como si, efectivamente, fuera posible.

La casa tiene así un nuevo huésped. Lo observo ahora en la penumbra de la habitación. Parece un cerebro domesticado, un mutante de la tercera generación sólo preocupado por acompañar el ritmo de sus pulsaciones a la constante paradoja del viento.

Ciertamente, no es un organismo vivo, pero desplaza aire. No contiene clorofila, no sabe nada de la fotosíntesis, ni de cromosomas, pero posee una rejilla similar a unas branquias, y en la habitación persiste la impureza que devuelve su respiración. No es un ser vivo, pero su vena única y su arteria única comunican movimiento.

Se trata, quizá, de un experimento de la naturaleza. ¿Morirá como el dinosaurio, o se multiplicará hasta borrar nuestras huellas?

Basenji ha vuelto. Pasea por la habitación su anatomía perfecta y patológica. Basenji es un ejemplar tan depurado de su raza que parece desvinculado de la vida. Es como si hubiera tocado fondo en el mar de los virus, las bacterias y la razón, y ya no estuviera aquí más que como *filósofo de la historia*.

Bebo alcohol y siento cómo el corcho húmedo de mi piel se desentumece, cómo el cristal de mis ojos es mucho más claro, cómo el minuterio del reloj se acelera. Porque el tiempo es sensible a la ósmosis.

No tengo prisa por llegar a la muerte; quiero mirarla así, a unos pasos de distancia, sin

provocaciones.

Ésta es mi dieta. Como experimento de mi especie, debo de haber ido muy lejos, y, sin embargo, cada vez me siento más hermano del celacanto: el faro parece haberse llenado de aguas abisales, y, lejos de esta arquitectura cerrada, apenas puedo respirar.

## XXVI

Tantos años leyendo, escuchando discursos sobre el orden de la naturaleza, los ciclos, la sabiduría, y nada acerca de lo deforme, lo condenado antes de nacer, lo genéticamente putrefacto.

Aunque ellos lo hagan, yo no sucumbiré al espectáculo barato de la naturaleza.

Hablan maravillas de la simbiosis y no dicen nada del parasitismo. Fijaos, dice el profesor, en ese inteligente tegumento que protege al crustáceo. Y el profesor olvida mencionar que ese tegumento le impide crecer.

La resina de los árboles vira al negro; cuando como fruta sé que estoy comiendo carbón; la idea de la polinización me produce náuseas; los pájaros comulgan crímenes. Esta mañana, un alcaraván golpeaba conchas de caracoles contra la piedra; extraía el molusco de su interior, lo engullía y, unos metros más allá, lo defecaba.

¡Si al menos no hubiera tanta soberbia, tanta maldita diferencia; si como aquel escarabajo reconociéramos que nuestro alimento son migajas de una gran tarta de excrementos!

¡Qué mentiroso es el profesor! Su estrado es un púlpito disfrazado y su pizarra está llena de mandamientos. El hombre se pasea por la naturaleza como un sabueso desorientado. Un veneno de acción retardada, encapsulado en algún lugar de la herencia, ahora se deslía en la sangre, se apodera lentamente del recinto, escayola lentamente los sentidos.

Sé que estoy llegando a eso. Lo sé de tal forma que todo se convierte en puro signo de anticipación. Y, sin embargo, ¡cómo el reloj se atrasa! ¿Qué nueva paradoja es ésta?

Puedo verme en el eterno cuadro titulado *Naturaleza muerta*. El viejo barniz ennegrece levemente las plumas de las becas y los pichones muertos, colgados por las patas; el brillo mate de los platos de peltre, y mi piel desnuda. Estoy recostado en el centro de esta composición exangüe: la cabeza apoyada sobre una almohada de faisanes; el cuerpo, ligeramente arqueado por la cintura, parece haber sido descendido de la cruz.

La naturaleza está muerta: puedo verla radiografiada; agotadas sus pulsaciones; sumergida en el mar radiactivo. Queda poco aire en mi escafandra.

Ovillado sobre la cama, inicio la mutación hacia el fósil. Elijo el símbolo del Ouroboros; pero no llego a los pies, debo contentarme con morderme las rodillas.



## XXVII

El puerto estaba casi desierto a última hora de la tarde. La flota amarrada, mecida por un movimiento pendular, parecía hipnotizada. Sólo algunos barcos pequeños salían a la mar, en pos de una pesca de saldo, acabada la temporada oficial.

Dos mujeres remendaban unas redes, y desde el interior de un tinglado abierto llegaba el tono inconfundible de un locutor de radio, de un *oficiante* de la voz.

A pesar de que en absoluto sonreían, no podían dejar de mostrar unas dentaduras arracimadas, más incisivas incluso que las de algunos depredadores. No cabía duda de que se trataba de dos hermanas. Debían de ser descomunalmente altas; las dos ostentaban sendas jorobas sobre sus espaldas, como triunfos de la deformidad; sus miembros parecían rematados por muñones, que sin embargo movían con cierta destreza. Creo que estos ejemplares de origen incierto ya no se muestran en las ferias, zarandeados por cadenas, ni son objeto de exorcismos, pero siguen ahí, apartados de todos.

De nuevo recordé mi ejercicio continuado de hostilidad hacia la naturaleza, un ejercicio absolutamente alejado del sentimiento de piedad. En el fondo, agradecía la existencia de estos experimentos fracasados, que no hacían sino corroborar lo que ya sabía, y hacer más fácil la observación del estigma.

Cerca de las mujeres, un marinero viejo descargaba cajas de madera con un variado muestrario de criaturas del mar: peces planos, peces cilíndricos, moluscos viscosos... Nuevamente, el asco.

Las arcadas me produjeron dolorosos zarpazos en el estómago vacío. Apoyé la frente en el motor de la barca y me quedé mirando el costillar del cetáceo que las cuaderñas grasientas formaban a mis pies. Cerré los ojos. Aun entonces, mi cabeza continuó poblándose de animales leprosos, de animales disecados, de animales intoxicados..., de sarna animal.

Abrí los ojos. Las mujeres habían desaparecido. A pesar del precario equilibrio de mi estómago, encendí un cigarrillo. Contuve las náuseas y volví a tragar humo, en un pulso trascendental con mi cuerpo. Conseguí consumirlo íntegramente, y sólo tiré la colilla al agua cuando ya me quemaba los dedos. A medio metro flotaba una gaviota muerta, hinchada como un balón de gas pesado. El cuello parecía atravesado perpendicularmente por una estaca. Sin embargo, no había rastro de orificio de entrada o de salida. ¡Pero era rígido! No podía ser un pez.

Empecé a sudar y a sentir frío. Recordé la voz del sueño: «El que va a morir se atraganta con un grano de sal».

¿Qué hacía sentado en aquella barca? ¿Qué nuevo jeroglífico era aquél? ¿A qué había ido al puerto?

Intenté poner el motor en marcha. No tenía fuerza en el brazo. El fósil empezaba a tomar posesión de mí. Miré hacia la bocana del puerto: parecía una frontera insalvable. Las luces de babor y estribor brillaban intermitentemente sobre sus templetes rayados. Comprendí que debía regresar al faro con urgencia.

## XXVIII

Estaba sentado sobre la silla, con el tronco, los brazos y la cabeza derrumbados sobre la mesa del taller de electrónica; un rictus de dolor recién abandonado: aparentemente muerto.

La única señal de vida era un diodo led de color rojo que, fuera del foco de la lámpara, sobre la mano izquierda extendida, se encendía y apagaba en el costado de una tarjeta electrónica, como un diminuto corazón que animaba la penumbra del taller.

Así me veía, desde el otro lado de la ventana, tiritando de frío y casi desnudo en medio de la noche. Volvía a pegar la cara al cristal y, otra vez, encontraba mi cadáver: el desecho de un hombre consumido bajo la lámpara de un interrogatorio.

Del interior de la casa venía un frío aún más intenso que el que azuzaba mi cuerpo en el jardín. Intenté forzar la ventana. No sé si lo hice por huir del frío o por entrar en el taller y sacudir mi cadáver hasta expulsar de él a mi espíritu.

La histeria mantenía cerrada la ventana. Golpeé el cristal. Volví a golpearlo. Entonces, vi cómo mi cadáver despertaba de un sueño profundo y se desperezaba imperceptiblemente. La tarjeta electrónica cayó sobre la mesa. Los ojos de mi cadáver se abrieron y contemplaron el parpadeo del diodo como si acabaran de nacer. Después, los ojos de mi cadáver resucitado miraron hacia la ventana y nuestras miradas se encontraron. Los ojos *transmigraron*.

Tan pronto sentí el aire del vuelo, vi mi imagen en el exterior, al otro lado de la ventana. Vi mi cara pegada al cristal. Vi cómo mis ojos se apagaban lentamente, el brillo histérico de la vida replegarse, moribundo, sobre sí mismo; enterrarse. Vi cómo mi cuerpo, casi desnudo, se volvía cada vez más blanco. Me vi como un cauce desecado, al otro lado de la ventana, como un molde de nada.

El diodo rojo parpadeaba sobre la mesa. Cogí la tarjeta entre las manos y sentí sus latidos como los de un pajarillo. Volví a mirar hacia la ventana y aún encontré mi cadáver, milagrosamente en pie.

Estaba allí, muchas veces multiplicado sobre la silla del taller, y, otras tantas veces, al otro lado de la ventana.

Basenji salió de debajo de la mesa. Poderoso, como un dios que no necesita joyas ni atributos para ser reconocido. Entonces, sin reconocer mi voz, pulsando sílabas en un teclado metálico, le pregunté:

—Basenji, ¿quién de los dos soy yo?

El perro no contestó. Se irguió sobre sus patas traseras y empezó a estirar

verticalmente su cuerpo, con tensión dramática. Dramática porque del perro quería salir un hombre, y la metamorfosis se operaba sobre mi sacrificio. Sólo la cabeza de Basenji se mantenía intacta, y fue esa cabeza, con todo su poder, la que, soportada por el cuerpo de un hombre, atravesó caminando el hueco de la puerta y salió de la habitación.

El hueco de la puerta volvió a llenarse de negro, un negro sin concesiones, abismal. Miré hacia la ventana. Ahora el cristal estaba empañado por un rosario abstracto de materia húmeda.

Sentí que mi cabeza, separada del cuerpo, flotaba sobre mercurio, que era dueño del tiempo, porque nada más podía suceder.

## XXIX

Basenji vuelve a caminar sobre cuatro patas. Yo vuelvo a estar vivo, pero camino escorado, como si mantuviera un pulso con la tierra y una de sus rocas quisiera que golpease sobre ella mi cabeza. Sólo el faro me levanta; su luz me obliga a tensar los músculos del cuello y a tirar hacia arriba. A medio camino, el alambique continúa fabricando el alimento que, día a día, va arrinconando la sangre de mi cuerpo y usurpando su función.

La sangre desfondada sale por la nariz y muere en el secadero de la almohada; a veces, desciende por sus pliegues hasta el colchón desnudo o salpica las mantas. El cero positivo muere como un cisne, lentamente, y deja como sórdido recuerdo su radiografía.

La sangre muerta me plantea más problemas que la sangre viva. No puedo olvidarla. Es una imagen inmutable, fijada con pegamento a la pared. Puedo verla con los ojos cerrados, más oscura en los bordes. La sangre seca es como un petirrojo que enterré y se acuesta conmigo cada noche.

Basenji vuelve a caminar sobre cuatro patas, pero es imposible olvidar que se irguió como un hombre. Yo quisiera que todo lo vacío y todo lo desconocido se llenase de negro; sin embargo, lo vacío, lo desconocido se llena de Basenji, de sangre, del petirrojo, de V. (la letra V está tatuada en la frente de la mujer rubia que, desvergonzada, emerge desnuda de las aguas del Nilo).

La otra cara de la sangre –la sangre muerta– tiene una caligrafía y una lectura tan intrincada como la de los jeroglíficos. Es el libro abierto de la muerte.

Con la cuchilla me hago un corte en la yema del dedo índice y veo brotar la sangre con su carmín escandaloso, como un concepto incontenible que desborda su propia naturaleza. Luego, llevo el dedo al cristal de la ventana y, con la sangre, dibujo una cruz. Mi sacrificio simbólico, como el de un mártir adiestrado en la fe, no tarda en obtener su recompensa: el símbolo deja de serlo, se sublima y desnuda de cimientos.

Por un instante, puedo penetrar en la materia; tengo el microscopio de los rayos; acelero a voluntad los trescientos mil kilómetros por segundo con que avanzan las patas de ciempiés de la luz. Soy el redentor de la materia. Pero el instante cesa y, violentamente, siento que la baba carga las comisuras de los labios de una boca abierta. Llamo a la baba saliva y la escupo. No sé escupir. El gesto de rabia se transforma en una grotesca caricatura que me chorrea por el mentón y me salpica la camisa. Me limpio con la mano y, sin darme cuenta, deslío la sangre seca que quedaba entre los dedos. Al contacto con la saliva, la sangre muerta parece reavivarse.

Esta última resurrección, milagrosa como un accidente, me sume en nuevas cavilaciones, me secuestra. Recuerdo mi cabeza golpeada contra las rocas del acantilado y la sangre como el zumo exprimido del fruto de mi cabeza. Nuevas preguntas sin respuesta. Nuevas visiones: veo mi cuerpo, reducido a miniatura, blanco y frío como una porcelana, sumergido en un recipiente de cristal lleno de sangre caliente. El recipiente está cerrado. Reposa en el estante de un laboratorio. Estoy ahí, macerando inútilmente, pues la sangre no puede volver a entrar en el cuerpo.

Es inútil, es inútil... Nada permanece, sino la pérdida.

### XXX

Llamaron a la puerta. No utilizaron el timbre, golpearon con los nudillos. Eso pensé la segunda vez, cuando ya me había incorporado sobre la cama y me di cuenta de que era de día.

Pasó algún tiempo y la puerta sonó por tercera vez. Basenji parecía muy tranquilo, como si ese sonido aterrador fuera un hecho cotidiano, tan inofensivo como el murmullo del mar que llega a nuestra atalaya.

Avancé por el pasillo sujetándome la cabeza con las manos. Las articulaciones parecían nudos de aire, incapaces de sostener el peso del cuerpo. Evité enfrentarme a la puerta y entré en el despacho. Antes de llegar a la ventana, escuché:

–Tiene que haber alguien, hay un coche.

Y una voz más lejana:

–Da una vuelta al edificio.

Me pegué a la pared. Sentí cómo una cara se acercaba al cristal y escudriñaba el interior. Vi mi imagen reflejada en el diploma enmarcado en la pared y me dejé escurrir lentamente al suelo, hasta quedar sentado.

Estaba temblando. La cara se alejó del cristal. Me sentí acorralado. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué el exterior era tan peligroso?

Me incorporé con cuidado y miré hacia fuera desde el extremo de la ventana. La verja estaba cerrada y, al otro lado, había un hombre de pie junto a un coche blanco. Fumaba un cigarrillo y miraba hacia el mar. Entonces, vi que en la puerta del coche estaba escrito el nombre del periódico local.

Poco después volví a escuchar muy cerca:

–No se ve nada, pero sale humo por el tiro de la chimenea.

–¿Este no era el raro?

–Creo que sí. Pero me dijeron que le avisarían para que nos recibiera.

–A lo mejor le da a la pesa. ¿Andará por ahí abajo?

–Bueno, después de haber venido hasta aquí, podemos echar un vistazo.

Sentí el sonido de unos pasos que se alejaban sobre la gravilla. Volví a mirar por la ventana y vi cómo un hombre saltaba la verja. El primer hombre cerró el coche y, junto al segundo, se dirigió hacia el acantilado.

Poco a poco, su imagen fue decreciendo; sus siluetas se confundieron luego con el tresbolillo de troncos enfermos y volvieron a emerger, a la izquierda, sobre el mismo acantilado. Estuvieron un rato charlando; señalaban con el brazo extendido distintos

puntos de la costa. Uno de los hombres se agachó para recoger algo.

El gesto que repite cada turista que llega hasta aquí en verano, arrojar una piedra, no podía sino llenarme una vez más de ira.

Poco después, emprendieron el regreso hacia el faro, y volví a sentirme paralizado. A medida que se acercaban, me apartaba de la ventana. Al llegar al coche, uno de ellos abrió la puerta y empezó a tocar la bocina. Este sonido y su impaciente mensaje, a pesar de la distancia que nos separaba, desató en mí un temblor aún mayor que el de los nudillos en la puerta. Me tapé los oídos con las manos y esperé, esperé, repitiendo *no* como una letanía.

Finalmente, el sonido cesó. Me asomé a la ventana y vi cómo los hombres entraban en el coche, cerraban las puertas y encendían el motor. Me pegué al cristal para confirmar que se alejaban definitivamente, y entonces, con total claridad, vi a la mujer rubia.

Estaba sentada en el asiento posterior del coche. En medio de la gélida atmósfera, su único vestido era una combinación de la cual yo sólo veía los tirantes. A medida que el vehículo se alejaba, ella acercaba más y más su cara al cristal. Parecía ir contra su voluntad en aquel coche y, sin embargo, su mirada era ajena.

## XXXI

Esta vez no me asusté. Abrí la puerta cuando los nudillos apenas habían iniciado su tamborileo.

Lo sabía. Sabía que aquello iba a ocurrir y estaba preparado para todo. De no ser por el agudo dolor de estómago, casi habría podido reír.

Al amanecer, después de que el giro de la óptica se detuviera y de que la luz del faro se replegara en el cajetín electrónico, yo seguía despierto. Encendí el fuego de la cocina y preparé el café. Una, dos, tres y cuatro tazas. Poco después, supe qué debía hacer.

Empecé por la cocina: era muy difícil arrancar aquella podredumbre del esmalte, la chapa; los chorreones de las paredes, las manchas abultadas sobre la encimera de mármol, los cercos pegajosos del suelo; desatracar la pila de agua emponzoñada. Abrí una bolsa de plástico y comencé a tirar cosas; primero con aprensión, luego casi con alegría.

Abría una nueva bolsa y continuaba tirando cosas y más cosas. Era como una fiesta; me relamía pensando en lo que vendría después, en mi triunfo.

Todo era muy difícil porque no disponía de la herramienta adecuada; porque tenía que fregar el suelo con una toalla, porque la escoba se había deformado en el armario, pero no tenía tiempo de ir a la ciudad; demasiados kilómetros, calculaba que mi visita llegaría hacia las dos.

Di la vuelta al colchón y lo cubrí con la única manta que no estaba manchada de sangre. Metí alguna ropa en el armario y otra debajo de la cama; comprobé que no se veía desde la puerta, y dejé abierta la ventana. Fuera, llovía con cierta intensidad. Deseé que se desatara una tormenta e imaginé, con deleite, la cara asustada de mi visitante en el cuarto de máquinas, donde yo, impasible, intercambiaría tarjetas electrónicas para demostrarle el buen estado de los equipos. Él querría salir de allí cuanto antes, se escucharían los truenos muy cerca, y yo me demoraría, le hablaría de las baterías, le sugeriría subir a la torre, ver la óptica.

Continué con mi recorrido por la casa. Llevé al garaje las cajas de madera y la viruta de los últimos envíos de material que se amontonaban en el pasillo. Puse el grupo electrógeno en marcha. Repasé con vaselina los bornes de las baterías. Los alicates volvieron a colgar del clavo de los alicates; la llave inglesa, del clavo de la llave inglesa; los destornilladores volvieron a decorar el tablón de las herramientas por orden decreciente, como los tubos de un órgano.

Todo cobraba forma; borraba las huellas dactilares de un crimen y me preparaba para el interrogatorio.

Me preguntaría: «¿Por qué no ha respondido al teléfono?». Yo le contestaría que debía de estar averiado. Él me diría: «Debe usted dar parte de la avería. Un faro no puede estar incomunicado». Yo le diría que no había querido abandonar el faro por miedo a que entrara la niebla, que habría sido necesario poner en funcionamiento la sirena. Él insistiría en la importancia del teléfono; yo insistiría en mi responsabilidad.

Entonces, me preguntaría: «¿Dónde estaba usted ayer?». Yo le contestaría que había estado en el faro. Él me diría: «Vinieron unos periodistas y me dijeron que usted no estaba». Yo le diría que había estado trabajando en la torre y que desde allí es imposible escuchar el timbre de la puerta.

Continué con el cuarto de baño, los cercos de óxido, la ropa amontonada sobre el bidé. No fue necesario repasar las lentes de la óptica, ni los cristales de la linterna. El faro siempre ha estado immaculado, como mi alambique, siempre dispuesto a hacer su trabajo a la perfección.

Preparé café y encendí un cigarrillo, y luego otro, hasta que escuché el sonido del motor que remontaba la cuesta.

Me asomé por la ventana: el ingeniero le decía al conductor que le esperase fuera. Esta vez, nadie tuvo que saltar la verja, porque había quitado el candado.

Cuando abrí la puerta, el ingeniero balbuceó un saludo y se me quedó mirando un rato. De repente, me asusté. Algo pasaba.

—¿Ha tenido un accidente? —me preguntó.

Yo dije que no, si entender nada.

—Tiene usted manchas de sangre en la cara, y en la camisa.

Sentí horror. Lo había olvidado. Había dispuesto todo, la casa, el faro... y había olvidado mirarme en el espejo. ¡Había olvidado ponerme la máscara!

Apresuradamente, le dije que había sangrado por la nariz. La verdad se convertía en una mentira gigantesca. La voz salía contaminada por la inquietud. Él desconfiaba, y yo, cada vez más nervioso, debía recuperar su confianza, si alguna vez ésta había existido.

Le dije que no era nada, que no era nada. Entonces, por fin, comenzó el interrogatorio que yo había preparado concienzudamente.

La tormenta que tanto había deseado se había deshilvanado lentamente en las últimas horas. El ingeniero quiso inspeccionar los equipos. Yo recuperaba mi tranquilidad, pero sentía sus ojos clavados en mí, en lo que él quería ver de mí. De vez en cuando, deslizaba en la conversación técnica preguntas como: «Tengo entendido que hace tres años que no disfruta usted de sus permisos, ¿no cree que le harían bien unas vacaciones?». No, yo no lo creía; yo deseaba permanecer en el faro. «Sí, ya sé que tiene usted una gran vocación, pero quizá...» No, yo no quería alejarme del faro. «Naturalmente, está usted en su derecho.» Me sentía aterrado. La sola idea de abandonar el faro me producía una angustia mayor que la idea de la muerte.

No aceptó el café que le ofrecí. Creo que se fue con la misma desconfianza con la que

había llegado. Sin embargo, me felicitó por mi celo en el trabajo.

Cuando escuché el sonido del coche que se alejaba, sentí el familiar escozor en los ojos. Esta vez, rompí a llorar y aullé como el chacal al rebajo de los muertos.

## XXXII

Me doy cuenta de que el alambique prescinde de mí. Yo lo construí a mi medida, a la medida de mi fórmula; podría decir que el alambique obedecía mi dictado. Ahora, todo ha cambiado: creo que no me engaño al pensar que el alambique se ha dotado a sí mismo de un espíritu; ha contravenido las leyes de la química y se esfuerza en un trabajo propio, ajeno al que yo le encomendé.

Tenía la misión de arrancar la costra de mi memoria y proyectarla en una pantalla limpia; también debía desinfectar el pus de las heridas secundarias —las de la imaginación— y anestesiar el dolor. Ahora, dependo en parte de su voluntad y no alcanzo a imaginar la meta que se ha trazado.

Sospeché de él durante largo tiempo. El alcohol tan pronto viraba al amarillo como al rojo; de forma casi imperceptible, sí, pero yo me daba cuenta: un regusto final, dulce, un poco más dulce; una temperatura inconstante en el paladar. Yo sospechaba, sólo sospechaba —sin entender—, hasta ayer.

Como cada noche, veía los ojos de Basenji sumados a las llamas que abrazaban la cucúbita; esperaba el momento en el que haría pasar el alcohol por el embudo y, encerrado en la botella, lo pondría sobre la mesa de la cocina; lo vertería en el vaso; me lo llevaría a los labios.

Ya en su paso por el serpentín, tuve una impresión extraña: sentí que, por un instante, una oblea de cristal esmerilado obstruía su camino descendente. Fue un instante: la sensación de una presencia.

Cogí la cubeta, el embudo y la botella, y procedí cuidadosamente al trasvase del alcohol. Estuve tentado de colocar un tamiz en el embudo, pero no lo hice (quizá, ya entonces, dominado por el influjo del alambique).

Coloqué la botella al trasluz: nada. De pronto, un pequeño remolino en el centro, muy pequeño, como una moneda, como una espiral que crece..., una espiral que se deforma, que se deshilacha..., una serpiente que se desenrosca y se asienta sobre dos patas..., que se levanta y se enerva... Por un instante, vi el interior de la crisálida.

Imposible retener la instantánea; vertiginosamente, hacia atrás, el negativo se pierde..., sólo el alcohol en la botella.

Las pupilas se proyectan violentamente hacia fuera, como punzones. Todavía con los ojos cerrados, palpé la botella, la agarré por el cuello y llené la taza. Abrí los ojos: la taza estaba mediada. Parecía inofensiva, pero yo sabía que al beberla me contagiaría;

estrecharía mis vínculos con el alambique; sólo que esta vez él llevaría las riendas, desaceleraría mi voluntad.

Pensé que quizá aquel proceso había empezado mucho antes. Hice un largo repaso de los últimos días: había perdido mucha sangre, había roto la disciplina de mi horario, mis citas con el alambique se habían adelantado y atrasado de forma inquietante, el dolor de cabeza a veces no me dejaba pensar.

¿Desde cuándo el alambique controlaba mis movimientos? ¿Hasta qué punto los controlaba? ¿Y de qué forma? ¿Qué se proponía? No podía responder a ninguna de aquellas preguntas. Pensé que la única respuesta posible se encontraba en la taza. Yo necesitaba beber su contenido para *saber*. Cerré los ojos y bebí.

El espíritu del alambique no es aún tan fuerte como el mío, pero continúa haciendo su trabajo.

### XXXIII

El primer conejo estaba tendido a escasos metros de la puerta. Seguramente se había acercado a beber agua del cubo de zinc. El segundo lo encontré cerca del acantilado, camuflado entre los helechos secos. Los dos tenían el sello inconfundible de Basenji: ninguna señal de lucha, las pupilas dolorosamente dilatadas, el rictus del pánico. El viento mecía su abrigo de pelo ligerísimo, sin poder despertarlo.

Pienso en el animal. Lo imagino en la jaula de un laboratorio, y hago un repaso sobre las innumerables clases de muerte a las que ha sido sometido: muerte por efecto de gas mostaza, muerte por exposición a radiaciones, muerte por inoculación del virus del mal de China. Lo imagino tenso bajo una descarga eléctrica; con los belfos abultados, con los ojos enrojecidos, brillantes o lechosos; agusanado por dentro; hinchado como una vejiga que no descarga; o fosilizado, o leproso. Las posibilidades son casi infinitas.

El animal se retuerce de dolor, tiene convulsiones, se deforma con el sufrimiento; pero nada, nada es comparable a la expresión de las víctimas de Basenji.

Basenji es un verdugo distinto, disciplinado; pone en marcha su método sin vacilaciones; no necesita dosificar; comparte la muerte de una vez. No siento lástima por sus víctimas, sólo me pregunto el porqué de estas muertes, qué impulsa a Basenji –un perro desprovisto de emociones– a matar.

No puede tratarse de trofeos de la vanidad; tampoco le sirven de alimento. Quizá la respuesta se halle en esos ojos abiertos: el único espejo en el que Basenji se ha mirado realmente. Pero la clave se ha desvanecido dejando sólo un molde crispado y vacío que devuelve desasosiego.

Bebo alcohol e imagino una escena de caza:

Estoy desnudo. Camino a cuatro patas entre los helechos, lleno de rasguños, las rodillas ensangrentadas. La luz de la luna, lejos de alumbrar, desorienta los caminos, abriendo trampas con sus reflejos. Veo la silueta de Basenji recortada en el acantilado. El radar de sus orejas me detecta. Sin embargo, se toma su tiempo. Avanza hacia mí con paso firme, e intento esconderme en el bosquecillo, protegerme con la oscuridad. Basenji no yerra en su rastreo; avanza sin obstáculos. Su inminente presencia me obliga a salir a la luz. Estoy cerca del acantilado. Sus ojos, cada vez más cercanos, parecen brasas encendidas. Retrocedo. Me hago daño en las rocas. Me doy cuenta de que voy dejando un reguero de sangre tras de mí. Basenji está muy cerca. Saborea el momento, la debilidad de su

presa, creando a mi alrededor un cerco de poder.

Entonces intento ponerme en pie, pero no puedo. Intento levantarme como un hombre, pero no puedo.

Basenji se acerca y al otro lado está el acantilado. El perro avanza mostrando su dentadura. En sus ojos se opera la oscuridad. Deseo cerrar los míos, dejarme matar, pero no puedo.

Creo que es en ese momento cuando salto al vacío del acantilado y, finalmente, mi cabeza se rompe contra las rocas. La sangre mana a borbotones, en forma de cadena de moras; pero todavía no estoy muerto.

## XXXIV

Se estaba celebrando un juicio. Desde la cama me era imposible ver los rostros de los magistrados. El estrado era la zona de sombra y yo me encontraba en la zona de luz, una luz tan blanca como la que arroja una lámpara en el quirófano.

De una aguja, clavada en mi brazo izquierdo, nacía una larga vena de plástico que iba a morir en una botella de suero; mientras, del brazo derecho salía una mecha de gasa que estaba conectada a un termómetro de evaporación. Este termómetro era igual al que guarda la garita meteorológica del faro: un tubo de vidrio graduado, sellado con una lámina de papel secante.

En la zona de sombra, los bultos de los magistrados se movían como nubes densas en formación. Quizá intercambiaban detalles sobre las acusaciones, hacían inventario sobre las pruebas que, después, utilizarían en mi contra. *En mi contra*, porque un juicio es siempre una voz fiscal que resuena por encima de las otras.

Seguramente estaban hurgando en mi pasado, como cirujanos entre las vísceras (de ahí la potencia de la luz), para encontrar la clave, es decir, el tumor, que había motorizado *los hechos* (por eso yo estaba en la cama, cubierto por una sábana blanca).

No obstante, parecía que ya había sido sentenciado. ¿Por qué si no me encontraba crucificado sobre la cama; los brazos extendidos; clavado a la cruz con el suero y el termómetro? ¿O es que aún se *operaba* el juicio y existía la posibilidad de una resurrección?

El tribunal médico o el tribunal jurídico, o lo que fuera aquello, se demoraba en su resolución y, así, yo tenía tiempo de observar cómo descendía el nivel de la botella graduada y ascendía la escala milimétrica del termómetro.

De pronto, en el centro de la botella se formó un pequeño remolino, muy pequeño, del tamaño de una moneda; luego, una espiral creciente; una espiral que se deformaba, que se deshilachaba; vi una serpiente que se desenroscaba y se asentaba sobre dos patas; la serpiente se levantó y se enervó; vi el interior de una crisálida.

Tan pronto acabó de formarse, la imagen se desvaneció. En ese momento, me di cuenta de que el suero era el producto laborioso de mi alambique, y de que el termómetro marcaba los minutos de vida consciente que, en forma de vapor, se escapaban definitivamente de mi cuerpo.



## XXXV

Es importante consignar las medidas, porque de ellas se desprende una parte del contenido espiritual del faro. La mirada inteligente no basta; es preciso sacrificar una porción de espontaneidad y hacer uso de los aparatos de medida y de las fórmulas matemáticas que legislan el espacio.

Por ello no traiciono mi inteligencia, ni confisco mi percepción; simplemente, multiplico a mi conocimiento una constante  $a$ , una cifra-baluarte-correctora que opera como contrapeso del deseo.

Cuando mi cuaderno de tapas de hule negro contenga todas y cada una de las medidas del faro, seré más libre.

Comienzo por la planta del edificio. Hace frío y las manos tardan mucho tiempo en arrancar las hierbas que crecen entre el basamento y el empedrado que rodea el faro. Es necesario marcar, y volver a desenrollar la cinta métrica varias veces, pero el trabajo genera placer.

Mido la altura hasta la cornisa, la cornisa y el pretil de la terraza. Para ello, me sirvo de una cuerda a la que he atado una plomada. Me favorece la ausencia total de viento.

Mido los marcos de las ventanas; la puerta principal y la puerta trasera. Consigno la altura a la que se encuentran los goznes y, con el calibre, mido sus diámetros iguales. Hallo un extraordinario placer en el manejo del calibre. Me siento como un tornero que trabaja para sí mismo y repasa, por puro placer, una pieza trascendental. También por placer mido una de las teselas que recubren la fachada; cuento las hileras verticales y horizontales, y multiplico; descuento los huecos de puertas y ventanas y constato, de una forma casi visual, la superficie resultante. Podría utilizar un método quizá más certero, pero el placer de fraccionar las medidas al máximo es demasiado gratificante.

El placer termina por traducirse en un vértigo difícilmente tolerable y necesito descansar.

Me embadurno de café la lengua, la garganta y el estómago, y almaceno una pequeña reserva que iré dosificando para ayudar a mi trabajo. Siento todos mis órganos con una extraordinaria lucidez; el corazón, los pulmones, el estómago, la vejiga hinchada. Me pregunto si pueden tener edad, si el tiempo puede infiltrarse en esta estructura tan bien guardada y hacerla envejecer.

Mido la taza y calculo su capacidad. Hallo el radio de curvatura del asa. Mido la altura

de la mesa. Hago una señal en la pared, por encima de mi cabeza: un metro ochenta y dos centímetros. Esta medida me desconcierta. Mido el contorno de la muñeca izquierda, ligeramente inferior al de la muñeca derecha. Pinzo con el calibre una de las venas que sobresalen en el reverso de la palma de la mano. Me pregunto hasta dónde puedo llegar con mis mediciones.

El fuego chisporrotea de pronto. Su imagen me perturba. Las llamas aparecen y desaparecen, suben y bajan, son las mismas y dejan de serlo. Me doy cuenta de que no puedo medirlo. ¿Por qué puedo medir la velocidad del viento y no puedo medir el fuego? Tiene que existir un aparato, tiene que existir.

Esto no puede hacerme renunciar a mi plan. Debo permanecer concentrado, consignar las medidas. El comportamiento de las medidas es inalterable; seis metros, por cuatro, por siete; ciento sesenta y ocho metros cúbicos de aire enrarecido. El pasillo...

## XXXVI

Al llegar al despacho recordé la existencia de los planos. Debían de estar en una de las carpetas del archivador de persiana. Alguna vez había puesto orden entre aquellos papeles amarillentos, manchados por la humedad. En realidad, había renunciado a hacerlo después de comprobar la futilidad de su información; pero recordaba unos planos de la torre y un croquis minucioso de la linterna y del aparato de la óptica.

En una tinta de color sepia, el ingeniero había escrito: Corte proyección por el plano AB (escala 1:10). El plano de la planta y la sección longitudinal del edificio y la torre (escala 1:50) incluía las primeras medidas que yo ya había tomado.

Era evidente que el ingeniero había cometido varios errores (algunos, considerables), pero más grave me pareció la omisión de tantos datos de vital importancia. Fue al desplegar el tercer plano cuando se deslizó la hoja de papel.

«Ha sido confirmada la existencia de una enorme roca, a una profundidad de dos mil pies sobre el fondo marino, longitud X, latitud Y. La roca parece engastada, como una piedra preciosa, en un volcán abierto en la arena. Tiene forma toscamente cónica, de umbela; es oscura y opaca. Una telaraña de fisuras la envuelve, como a la porcelana vieja. Al girar en torno a ella, se aprecian reflejos azulados.

No se observa actividad animal en un radio de quince metros; en este mismo radio ha desaparecido por completo toda flora marina.»

Al final de la página, salpicada de cercos amarillos, se leía: «Diagnóstico: encefalograma plano».

¿Se refería este diagnóstico a la roca? ¿Estaba muerta esa roca de enormes dimensiones, que descansa en el fondo del mar?

Habían transcurrido escasos minutos y ya me sentía familiarizado con aquel nuevo jeroglífico. ¿No era prematuro resolverlo sin comprobar al menos su origen?

Tenía motivos más que suficientes para desconfiar (el faro parece lleno de ceños y de trampas), pero la roca tiraba de mí con fuerza magnética.

Se encontraba ubicada a unas veinte millas marinas del faro. Naturalmente, la roca no podía estar muerta, ¿cómo si no se explicaría la ausencia total de vida en un radio de quince metros? Era evidente que la roca ejercía un poder sobre un espacio sólo respirable para ella. De nuevo, el temor a estar bordeando el profundo agujero de una trampa,

camuflado por el experto psicoanálisis de un cazador. Alguien podía estar riendo a mi costa, o había reído con *antelación*, igual que con antelación yo sufro.

¿Cuándo había sido escrita esta nota? ¿Quién era el responsable o había sido testigo de la noticia?

Examiné la letra: era idéntica a la de la vieja máquina de escribir del despacho. Cogí una hoja de papel y volví a escribir el texto con sumo cuidado, respetando la puntuación y el orden de las líneas. Al trasluz de la lámpara, las letras coincidían exactamente. Saqué más carpetas del archivador y empecé a repasar la correspondencia: oficios vulgares en los que se demandaba petróleo para la antigua Chance, capillos o un manómetro.

Todo había sido escrito con la misma máquina hacía mucho tiempo. La firma de mi predecesor en el cargo estaba encerrada en un prodigio de arquitectura, donde había lugar para todo —columnas salomónicas, tímpano, zócalo, sótano, tragaluz—, y quería dejar constancia de que su ejecutor había dejado los garabatos muy atrás.

Era imposible que el autor de los oficios —y dueño absoluto de aquella firma— fuera el responsable de la nota que acababa de encontrar.

Releí el principio: «Ha sido confirmada...». ¿Era una noticia sacada de un periódico y mecanografiada como mero ejercicio? Pero la ubicación de la roca y el diagnóstico final... No me gustan las coincidencias. Las coincidencias no existen.

Fue entonces, de la mano de este pensamiento, cuando recordé a Ostano: «Ve a las corrientes del Nilo y allí encontrarás una piedra que tiene un espíritu. Toma esa piedra, divídela, penetra con tu mano en su interior y sácale el corazón: su alma es en verdad su corazón».

No era una coincidencia. Esa roca tenía que ser idéntica a su piedra, tenía que tener las mismas dimensiones. Por eso había ido al puerto, había subido a la barca y sabía que tenía una misión que cumplir. Me había adelantado a los acontecimientos con terrible impaciencia.

¿Los acontecimientos reposan en el fondo del mar y afloran más tarde a la consciencia? ¿Los acontecimientos *son* y más tarde *se determinan*?

## XXXVII

Al llegar a la ciudad, no podía recordar qué había ido a hacer allí.

Aparqué el coche cerca del puerto. Desde la calleja podía ver el brazo de una grúa y una confusión de mástiles de la flota amarrada. Mi campo de visión se veía también cruzado por personajes siniestros –trajes planchados, ropa deportiva de riguroso estreno, sonrisas superpuestas–, a todas luces ajenos a la actividad del puerto. Me pregunté si sería domingo. Me iba a marchar cuando distinguí el letrero azulón del Acuario.

Encendí un cigarrillo y luego otro, con la esperanza de que aquel bullicio se aplacara y pudiera abrirme paso hasta el edificio.

La arenisca de la fachada parecía mortalmente herida por la lepra de la humedad. Como si fuera un milagro, en el interior no había nadie.

El descenso a sus profundidades se realizaba a través de unas escaleras sólo iluminadas, en los extremos de sus peldaños, por pequeños botones de luz. Se creaba así una atmósfera de concentración artificial que me llenó de desconfianza. Sin embargo, la primera visión del Acuario me inmovilizó por completo. Poco a poco, el reverbero de luz y agua de los ventanales, que mecía el suelo de piedra, me fue despertando hacia su realidad.

El lugar era opresivo. De nada servían los respiraderos que, de vez en vez, salpicaban el techo. Las peceras iguales estaban embutidas en sus paredes circulares, y constituían los únicos focos de luz de aquel sótano de sótanos.

Conmovido por el espacio, me acerqué a la primera pecera: un congrio dormitaba sobre un fondo de arena. Los utilleros de aquel teatro habían erigido a su alrededor un bellissimo escenario de rocas escarpadas, a las que incluso se adherían pequeños moluscos. Un extraordinario realismo cuya credibilidad se veía bruscamente desbaratada por la presencia de un termómetro que pendía de lo alto y de un chorro de oxígeno que removía la superficie del agua, creando un torbellino burbujeante.

Resultaba descorazonador; no obstante, avancé cuatro pasos. Esta vez, un ejército de alitanes, dividido en grupos irregulares, se movía en todas direcciones. Me di cuenta de que, en realidad, en aquella pecera no existían direcciones, porque el norte –ellos lo sabían– no podía ser aquel cristal que, invariablemente, los invitaba a retroceder.

El perlón y la corvina, la tembladera y la pintarroja. En las tarjetas de visita que los anunciaban, sus nombres estaban traducidos a varios idiomas; como si, efectivamente, aquella traducción fuera de alguna utilidad.

En las siguientes peceras volví a encontrar algunos peces repetidos. De pronto, una pecera mucho más grande.

Había dos gigantescas tortugas en el fondo. Las dos tenían los ojos abiertos; unos ojos fijos, hipnotizados hacia dentro.

Los tortugas dominaban aquel reino que, hasta entonces, yo había creído gobernado por el pulpo y sus múltiples brazos. Ante ellas se puso en marcha un mecanismo imparable de cuenta atrás. Cuando iba a sonar la alarma del cero, una tortuga comenzó a batir sus aletas. Sus aletas, en realidad, eran alas.

La tortuga remontó el vuelo majestuosamente, realizó unas indescriptibles acrobacias en aquella pecera inmundada y subió a la superficie. Su cabeza se hizo invisible bajo el chorro de la bombilla y yo creí que se había fundido con el sol. Después de aquel instante milagroso, volvió a volar y a volar, tocada por la gracia. Finalmente, se posó en el fondo de arena, junto a su compañera, y cerró los ojos.

Ya nada me retenía allí. Después de aquel espectáculo superior a la música, la visión de peces tropicales era insultante.

Aguas dulces del Yucatán: Molly velífera, Molly cola de lira. Aguas dulces de América del Sur: Pez ángel. Longitud máxima: 15 cm. Pez carnero... Yo iba sonámbulo. Avanzaba fatigosamente hacia la salida, y miraba como un autómata las peceras, en cuyo interior, ahora, el escenógrafo había colocado una flora de verdes eléctricos que parecía estar contenida en macetas.

América tropical: Boca de fuego, Severum... Recordaba haberlos visto en mis libros, pero no tenía ninguna memoria de tortugas, como si mi encuentro con ellas hubiera estado predestinado para aquel día.

Después del simulacro tropical, las peceras recobraron la sobriedad y el luto de un siglo anterior. Volví a ver un congrio, y varias cabrarrocas mimetizadas en los telones de roca de las paredes. Mi alma estaba ahora en paz. Sin embargo, me estaba reservada una visión aún más trascendente.

Cuando me dirigía hacia la salida, la media luz de una pecera hizo que me detuviera. La pecera estaba vacía. En vano busqué la presencia de algún pez mimetizado con la arena. No había peces, no había algas, pero, en el centro, sobre un fondo de arena, se levantaba una roca, alargada como un monolito. Sólo *la roca y su poder*.

Inmediatamente, supe por qué había ido a la ciudad. Se me reveló el contenido de la nota. Supe que aquella era la humilde maqueta de un proyecto superior que había entrado en contacto conmigo.

## XXXVIII

Estaba entregado a mis estudios cuando llegaron los periodistas.

Vestían las mismas prendas acolchadas de color azul y andaban con la misma desenvoltura ignorante de la primera vez. Aunque su estatura, que entonces me pareció gigantesca, ahora me parecía insignificante. Tampoco sus voces me inspiraban temor; sólo sentía el irresistible deseo de que el tiempo transcurriera velozmente, de que su presencia no mancillara mi iglesia, de que sus intereses mezquinos no entretuvieran la integridad de mi misión.

Las frases introductorias no albergaban sorpresas. De nuevo, estaba preparado para desbaratar cualquier intento de acercamiento. Enseguida quedé prendado de su equipo fotográfico, de la variedad de objetivos y de la solidez del trípode.

Yo hablaba del mecanismo de la óptica, del ritmo de sus destellos, de la célula fotoeléctrica; mientras, ellos insistían en un interrogatorio propio de un consultorio sentimental. Me daba perfecta cuenta de que no les interesaba lo que les contaba, de que buscaban otra cosa. Sus preguntas eran cada vez más insidiosas. Me preguntaba si en la universidad se impartiría la asignatura «confección de preguntas inteligentes»; y si, para aprobar esa materia, los alumnos debían olvidar la pregunta elemental que los niños repiten insaciablemente: «¿por qué?».

También debían de haber estudiado psicología; si hubiera cedido un ápice, si hubiera dejado vagar una mirada por la ventana, estoy seguro de que me habrían interrogado sobre mis sueños.

Cuanto más dirigidos iban sus dardos, más intrincadamente técnico se volvía mi discurso. Para su desasosiego, comencé a hablar de las tarjetas monitoras y reguladoras de la velocidad.

¿Acaso conocían algunos de mis descubrimientos y querían tirarme de la lengua? Era imposible que detrás de aquellas miradas estólicas pudiera esconderse la más mínima sospecha, pero volvían una y otra vez.

Finalmente se rindieron y comenzaron a buscar los planos del faro que más favorecían su ideal de belleza. Una y otra vez, los objetivos de su cámara enfocaban perfectas tarjetas postales. Ignoraban el alma del faro, ignoraban la óptica, y ni siquiera se daban cuenta de que la única forma de fotografiar su envoltura era desde un barco oscilante, atrapado entre coordenadas siempre engañosas, mar adentro.

Mis visitantes continuaban sin preguntar «por qué»; tampoco sus cámaras se aproximaban a la pregunta.

Sin embargo, su presencia allí fue reveladora. Llené sus vacíos con mi conocimiento, sus carencias con mi aptitud.

Cuando se marcharon, recordé que tenía bastante dinero en el cajón del despacho. Lo conté. Había una cantidad más que suficiente para mis compras.

No sé por qué había olvidado mi necesidad de un microscopio. Ahora añadiría a este aparato un equipo fotográfico. ¡Con qué alegría vislumbraba las horas de trabajo que estaban por llegar! Me sentí exultante. Metí los billetes en la guantera del coche y me fui a la ciudad.

Los comercios estaban cerrados. Entré en un bar, me senté frente a un reloj de pared y consumí café tras café —observado por un camarero semiconsciente—, siguiendo el ritmo de las manecillas, hasta que éstas marcaron la hora convenida.

Acababan de levantar la persiana metálica de la puerta, y la puerta estaba vacía. Con voz temblorosa, empecé a enumerar la lista de mis necesidades a una dependienta de rasgos orientales. Pronto me embargó el sentimiento de infinita culpabilidad que me asalta en la farmacia cuando pido somníferos.

Igual que todos los demás, la dependienta desconfiaba. Saqué los billetes del bolsillo del abrigo como si buscara algo; después, los volví a guardar y le pregunté si tenía fuego. Me ofreció su mechero y, muy nerviosa, empezó a sacar cajas, folletos, objetivos, líquido revelador...

La precisión de mis preguntas le incomodaba. Entró en la trastienda y, poco después, salió «el encargado». Éste sí sabía; además, me hacía sugerencias; me hablaba de tiempos de exposición, de filtros. Cuando le pedí el microscopio, también él pareció incomodarse. Para hablarme de sus excelencias, sacó el manual del aparato y empezó a recitarlo en tono coloquial, como si toda aquella información estuviera almacenada en su cerebro.

Al salir de la tienda me temblaban las piernas. Sentí una necesidad tan imperiosa de volver al faro que las calles de la ciudad parecían cambiar caprichosamente de orientación, formar un dédalo del que me era imposible salir. Hasta que distinguí la línea del mar.

## XXXIX

Llevo varios días clasificando el material de mis investigaciones. He trabajado tanto y es tan grande el esfuerzo que aún debo realizar que, a veces, mucho antes de que llegue la noche, me encierro en la farmacia y destilo... ya no me atrevo a llamarlo *alcohol*. A veces, amanece y es difícil soportar la cámara entre las manos, o ajustarla en el trípode; incluso, el disparador de cable ofrece resistencia a un dedo pulgar tembloroso por un exceso de tensión.

Al principio, la gran ventaja de conocer el objeto de mi trabajo hacía insignificante el esfuerzo; cada paso se inscribía en una *recta final*. Ahora, cada punto de inflexión se ha vuelto peligroso, se parece a la duda, se traduce en desasosiego.

Quiero creer que es el cansancio y que el cansancio es fruto de sí mismo. Me repele la idea de cosechar cansancio del otro, *no-contrastado*, ese que deviene rutina y que —en los momentos más bajos— me hace pensar que sólo amaso información.

El cansancio actúa desde dentro y desde fuera del misterio, como una fuerza centrífuga y centrípeta a un tiempo. Es la piel del misterio, la opacidad tras la cual se esconde la luz, la luz que ha de ganarse con fatiga. Debo aislarlo como si fuera una bacteria, dominarlo, treparlo con el taladro de mi razón.

Repito esta invocación mientras repaso las medidas acotadas en el margen de cada fotografía. Los ciento veintidós peldaños de la escalera de caracol de la torre cuelgan, numerados, de las cuerdas que he tendido de un lado a otro del cuarto oscuro. Después, con sumo cuidado, deberé trasladar las medidas registradas en mi cuaderno a sus márgenes, con tinta de rotulador indeleble, y archivarlas en el apartado «Contenido de la torre». El anverso de las troneras se agrupa en esta misma carpeta, pero su reverso pertenece a la carpeta «Exterior de la torre».

Cuando estoy a punto de finalizar un capítulo, descubro que he omitido no un dato, sino un aspecto determinante de la obra. Esto sucede muy a menudo y me obliga —como en el caso del taller de electrónica— a crear nuevas subdivisiones en mi trabajo y a abrir nuevas carpetas.

El efecto multiplicador de una percepción sensible es gratificante, pero también genera multitud de focos de atención, focos que actúan como «centros» y demandan un mismo tratamiento. A veces, es difícil rechazar la atracción que ejercen estos imanes, como es difícil recordar que un universo se inscribe en una galaxia; metidos como estamos hasta el cuello en el fango terrenal.

Debo sobreponerme a la emoción. Debo continuar fotografiando y revelando negativos

asépticamente, hasta que el trabajo haya concluido. No puedo escatimar distancias.

El tiempo parece detenerse en el instante en que, bajo el líquido revelador que contiene la cubeta, la imagen se fija en el papel definitivamente. Enciendo un cigarrillo y contemplo «el tiempo» como un resultado; igual que el alpinista desde la cima de una montaña.

De la mercancía que muestra el escaparate, es éste el único objeto que quiero comprar. Creo tener el dinero, pero hay *otro tiempo* preparado para suplantar al anterior. Lo tengo pegado a la espalda, viene empujando, y me obliga a caer de nuevo en el abismo de la actividad, a formar parte de él.

Todavía no he tenido *tiempo* de desembalar el microscopio.

## XL

Si, efectivamente, la piedra que reposa en el fondo del mar es de origen celeste, mi trabajo –como el de mis antecesores, los Magos– tiene una dirección, un tiempo finito y un límite perdurable. Muy pronto veré coronados mis esfuerzos.

No puedo verla todavía. Sin embargo, oigo sus latidos: dos más uno, como el ritmo luminoso del faro; latidos perfectamente acompasados con destellos.

Soy el único peregrino de esta estrella negra, la única cabeza visible –voluntad materializada– de la iglesia. Me dispongo a celebrar su aniversario, o su repetición, en el día exacto, a la hora exacta, y nada ni *nadie* debe alterar mi voluntad, que es la voluntad de la estrella.

Por la mañana, el mar había sido programado con una fuerte marejada. El oleaje arrojaba brevísimas sombras sobre su piel. Aquellos espacios oscuros de las olas se me antojaban vaginas dilatadas a punto de desovar. ¿Y si de pronto cada una de ellas vomitara un pez horrendo, el más perturbador de los monstruos abisales?

El mar parecía una secuencia de violencia ininterrumpida, hasta que, al llegar a *aquellas* coordenadas donde debía encontrarse la piedra sumergida, formaba un círculo de calma. También allí parecía cambiar de tonalidad, calentarse.

Un deseo irresistible de ser pesado y hundirse hasta el fondo, de interrogar a la muerte de una vez por todas.

De nuevo, volvía a ver regueros de sangre coagulada y a Basenji arrastrando mi cadáver sobre las rocas. Imposible saber si se trataba de una premonición o de la recomposición de un pasado. ¡Era tangible!

Cuando la cabeza está llena de la materia viscosa de la duda... Sí, ¡cómo no desear golpearla contra las rocas, hasta abrirla, y dejar salir la enfermedad, como un chorro, al exterior!

## XLI

Hay cosas que no se olvidan: con qué equilibrio preciso se almacenó la leña; en qué posición exacta quedó la herramienta sobre el banco de carpintero; en qué orden se abandonaron los componentes electrónicos y el cortatramas. Por imperceptible que fuese, cualquier cambio en ese orden provocaría una interferencia en la memoria. Una astilla, una tijera abierta equivaldrían a un sonido estridente que, de inmediato, acapararía toda mi atención. Soy un experto en falsificaciones, un falsificador nato, pero no podría falsificarme a mí mismo; desobedecería la primera regla del código del falsificador.

No tengo pruebas, ni siquiera indicios, y pese a ello tengo la certeza de que alguien *espía* mi trabajo. También yo me siento observado.

Es extraño, no me siento observado por la espalda; tampoco desde una grieta abierta en la pared o desde la región de sombra que linda con el foco de la lámpara: me siento observado *de frente*.

Lo mismo sucede con mi trabajo: no siento que una mano desconocida abra las carpetas cuando yo las cierro, o siga mi discurso cuando yo duermo; tengo la sensación abrumadora de que «el espía» supervisa mi trabajo en el mismo momento de su alumbramiento, de que *todo* sucede a plena luz.

Para clasificar las carpetas, creé mi propio alfabeto. Nunca he podido soportar esa letanía que recitan los párvulos de todo el mundo. Mi alfabeto hace justicia al verdadero valor numérico de las letras. Así: las vocales ocupan los privilegiados puestos de los números primos y, en esa secuencia, se abren paso las consonantes *secas* en grado de permeabilidad. Sencillas operaciones matemáticas ordenan el resto de las consonantes divisibles.

Para mi sorpresa, me di cuenta de que «el espía», o su sensación, alteraban mi conducta. Sentirme observado me hizo dudar *por primera vez*.

En un principio, había asignado a la letra «h» la decimotercera posición de mi alfabeto. Nunca he creído que esta letra excepcional fuera un mero capricho de la ortografía; creía que de esta forma hacía justicia a su valor y, sin embargo, cuando iba a colocarla en la estantería... la duda no partió *de mí*... «el espía» me hizo dudar.

Fue como descender un velo: me di cuenta de que la letra «h» tenía su correspondencia con la portentosa «O».

Abrí la carpeta «HERRAMIENTA-HERMÉTICO». Me pareció que, por vez primera, veía más allá del material fotográfico y las notas allí almacenadas. «Nivel: herramienta que sirve para reconocer si un plano es horizontal o no, y para averiguar la diferencia de

altura entre dos puntos». Y a continuación: «Hay un nivel dentro del ojo, quizá el de mayor precisión, pero requiere concentración en estado puro».

El orden de las carpetas permanece inalterable. Total ausencia de huellas y una sensación que se acrecienta día a día: alguien me observa.

A veces pienso: ¿Es un espejo cuyo reflejo modifica mi conducta? Si las preguntas llevan en sí mismas la esencia de las respuestas, si son interrogantes invertidos, cualquier pensamiento está bañado en azogue.

Intento en vano un nuevo ejercicio. Digo en voz alta algo en lo que no creo: «Estoy muerto». Si fuera un espejo, las palabras empañarían el cristal. Pero nada sucede. Entonces, pienso si verdaderamente creo en lo que he dicho, si esa frase es *verdaderamente* una frase elegida al azar.

## XLII

Ayer por la mañana Basenji comenzó a excavar un hoyo cerca del acantilado, frente a la fachada norte del faro.

Con esa energía lacerante que nunca le abandona, parecía encarnizarse con la tierra, que extraía con las pezuñas y amontonaba formando una hilera de conos iguales.

Era la primera vez que le veía actuar como un perro, aunque ni por un instante creía que aquella escena correspondiera a una transformación de su personalidad. Mi desconfianza no hizo sino aumentar. ¿Con qué fin asestaba zarpazos a la tierra?

Sus ojos de fría porcelana parecían estancados en aquel pozo casi negro. Raicillas, agudos fragmentos de piedra, una lombriz desgajada y un reguero viscoso. A medida que el pozo se hacía más profundo, parecía que se abandonaban los estratos de inteligencia de la tierra y se entraba en contacto con su alma.

Basenji comenzó a agrandar el diámetro del agujero.

Aquella visión me desasosegaba.

Levanté la vista del foco del vértigo y divisé, no muy lejos, un barco de carga que se dirigía al puerto. Me quedé mirándolo con ansia, ansia de fijarlo en aquellas coordenadas, en una suerte de esclusa que actuara sobre mí en forma de terapia hipnótica.

Era un buque cisterna de enormes proporciones. Como siempre sucede con este tipo de embarcaciones, parecía navegar sin tripulación; en paz y a merced de la muerte.

Cuando alcanzó el último de los cabos, que marca la entrada en el puerto, inició una gigantesca ciaboga, lentamente, segundo a segundo, ganando la esfera el reloj del mar, en una secuencia casi equiparable a una superposición de fases lunares.

Acabada la maniobra, el barco comenzó a navegar en línea recta y, en una perspectiva imposible, fue tragado por el brazo de tierra como sonido en galena.

Cuando, finalmente, el mar quedó desierto, volví la cabeza hacia Basenji. El pozo adoptaba lentamente la forma de una elipse. El perro seguía excavando con una constancia mecánica sólo extenuante para mí. No podía más.

El café se apoderó de mí por completo. Avivé las brasas que habían quedado rezagadas del fuego de la noche, y me senté en el suelo, junto a la chimenea; algo que nunca antes había hecho con luz de día.

Hice un último esfuerzo: me levanté y salí a buscar astillas y algunos troncos. Construí una pequeña choza para las brasas, y pronto el fuego comenzó a chisporrotear con el sonido de un cascanueces. Las primeras llamas me tranquilizaron tímidamente, como un

analgésico diluido en gran cantidad de excipiente. Me acurruqué junto a la chimenea y decidí confiar en su poder.

Tenía mucho frío; un frío de tierra negra, frío de Basenji. Me abroché los dos botones que le quedaban al abrigo y empecé a concentrarme en la idea del letargo. Una brasa saltó de la chimenea y fue a estrellarse contra el abrigo. No me interesaba moverme: observé cómo la brasa perforaba el paño, humeaba y, antes de desaparecer, cauterizaba los hilos del volcán abierto.

Vuelta a pensar en Basenji, como un merodeador que se esconde.

Al hacer mi ronda nocturna, después de comprobar la visibilidad de los faros, me encontré frente a la obra del perro. La elipse se había transformado en un enorme rectángulo. Tenía casi un metro de profundidad, unos dos metros de largo y medio metro de ancho.

Basenji estaba sentado junto a la fosa, con la macabra impavidez de un verdugo. Me di cuenta de que estaba temblando. Me enfurecí contra la cuerda de dolor que me atenazaba.

Le grité que no tenía miedo de nada ni de nadie, y, obedeciendo a la urgencia de obrar por mí mismo, me deshice de la cuerda y descendí al agujero.

«¿Has hecho esta fosa para mí? ¿Quieres que la pruebe?» Y me tumbé boca arriba, para frustrar cualquier señal de debilidad.

No sentía el tacto de la tierra, pero sí el peso de un inminente alud. Durante unos instantes, vi los haces del faro barrer el inhóspito territorio del firmamento, como brazos de un compás. La idea de Dios me pareció una linterna.

La conjura del miedo se resquebrajó cuando Basenji asomó la cabeza por encima de la fosa. ¿Es posible que perdiera el conocimiento?

Al despertar, esta mañana, sobre la cama, sentí un intenso dolor en las manos. Los dedos estaban llenos de rasguños y heridas; las uñas, negras de tierra. Basenji no estaba sentado junto a la cama, como de costumbre. Las paredes habían amarilleado o, quizá, madurado durante la noche, y hacían más pequeña la habitación, mucho más pequeña.

Olía muy mal. El olor me resultaba desconocido, indeterminable; una mezcla caliente de orín animal acumulado, alquitrán y sosa cáustica; un olor nauseabundo sobre el que parecía cimentarse la habitación. La herida del techo supuraba calor africano. Cerré los ojos y, poco después, comenzó la pesadilla:

Basenji estaba erguido, frente a mí, sobre sus patas traseras. Su equilibrio era perfecto, humano. Llevaba brazaletes de oro alrededor de sus patas delanteras, estilizadas ahora como brazos; un faldón tricolor de lino, anudado a la cintura, y una especie de peto ajedrezado, también de lino, ajustado al pecho. Lejos de un perro adiestrado, parecía un domador de hombres. ¿Un inquisidor? No tardé mucho tiempo en comprender.

Basenji levantó un hierro curvo hacia mí y, volviéndome la cabeza a un lado, lo introdujo con decisión por el orificio derecho de mi nariz. Cuando tocó fondo, no sentí dolor, sólo un lagrimeo denteroso. Después, mi cerebro fue succionado violentamente

hacia el exterior, desmadejándose, como un ovillo de lana.

Una voz perezosa recitaba las palabras de una fórmula mágica inconexa. Enseguida, sentí el tacto de una piedra afilada y un corte limpio en el costado; vi cómo mi interior era saqueado, el brillo de unas entrañas desproporcionadamente grandes.

El aire debía de actuar como anestesia, porque sólo sentía el peso de un sueño que se acomodaba a mi cuerpo y una debilidad casi aceptada, a pesar de la gravedad de los signos.

El sopor tenía a veces la cadencia de la flotación. Me parecía navegar en una barca funeraria, sobre las aguas del Nilo. El más rojo de los crepúsculos perfilaba un palmeral en la margen derecha, mientras, en la izquierda, se alineaba un cortejo de cocodrilos.

Las aguas del río espejeaban la sangre del cielo. Creía bañarme en el óleo rojo, embadurnarme e inmunizarme definitivamente contra la lepra de los hombres. Abandonar aquel estado era difícil, tan difícil como separarse de una nodriza en mitad de la noche.

La voz de Valerie se confundía con la baquelita fría del auricular.

«Voulez-vous savoir?»

Silencio.

«Votre chien c'est le chien qui devient chacal.»

*Sal, veneno, ven y derrámate por el suelo.*

## XLIII

A las dos de la mañana, el sudor de la espalda desbordaba la camiseta y humedecía la manta. Tumbado boca abajo, restregaba la frente y las manos contra la almohada. Y aún sobraba sudor. La nuca era un manantial de montaña, un goteo constante del deshielo que se operaba en mi cabeza.

Giraba el cuello a un lado y a otro; sentía un vértigo de ave ciega y me incorporaba levemente; abría los ojos y miraba hacia la ventana. Las gotas resbalaban por el cristal, fascinantes. Pensaba si el sudor del faro me había contagiado, o era mía la responsabilidad y la culpa de aquella enfermedad.

A medio camino, Basenji parecía una mentira, un desertor de la realidad. Abominé de su presencia; sabía que aunque pidiera su auxilio nunca lo tendría. Lo cierto es que soy incapaz de pedir ayuda, igual que soy incapaz de compadecerme de mí mismo. El sufrimiento es una prueba más: un jeroglífico. Sentir calor, como sentir frío, es sentir miedo, y el miedo es un jeroglífico, un juego simbólico con una única solución.

El malestar no sólo no me impedía pensar, sino que acuciaba a la razón con preguntas brillantes, portentosas, de esa categoría que anula el valor de la respuesta.

Me preguntaba por la composición de aquellas gotas de sudor. ¿Huevos embrionarios del frío que vendría después? No podía olvidar que aquellas gotas contenían fragmentos –¿indivisibles?– del alcohol destilado por el alambique *a solas*; que las gotas eran hijas y hermanas incestuosas de aquella presencia que se hizo visible –un instante– en el interior de la botella; que quizá en la ciénaga de la espalda pululaba ya una fauna de espíritus, o fragmentos de un espíritu que acabaría por condensarse en la habitación. Si aquella fauna que yo imaginaba fuera simbólica, mi espalda estaría tatuada con el jeroglífico de mi destino, y yo estaría condenado a una pobre intuición, a un trabajo continuo de exabruptos sin consecuencia.

Tras ingerir el contenido de la botella, veía mi cuerpo como una retorta alquímica y lo sentía pendiente de la *sublimación* del sudor.

De repente, la ceguera era total. Debajo de las pupilas se producía un movimiento oscilante, tan preciso como el del péndulo, y me quedaba dormido. El sueño era extraordinariamente parecido a la vigilia. También aquí las preguntas llevaban las riendas del tiempo y galopaban sobre un espacio abierto e ilimitado. Yo era un jinete extravertido y sociable; aceptaba la inconsciencia como una guirnalda, me dejaba hacer. Ésta era la única diferencia entre sueño y vigilia: el origen de las preguntas. Al despertar, a pesar de

la sucesión, recordaba.

¿Es posible sumar fuerzas positivas y negativas en una ecuación sin que el valor negativo suponga un retroceso, ni siquiera mínimo, sobre el valor positivo?

Así vivía aquellas horas, en un cálculo automático que llenaba hojas y hojas de valores siempre positivos, de continuidad.

Ahora, sin embargo, no recuerdo nada. He perdido las pruebas que avalaban mi viaje, las huellas del itinerario. No puedo recordar el hilo conductor de las preguntas y sólo me queda la sensación hegemónica de una consciencia que se ha hecho invisible, que ha quedado atrapada en redes pelágicas.

El frío me impide pensar; se aloja en mi interior como una inmensa bala de plomo. Nada puedo contra la gravedad que tira de mí desde debajo del colchón e, incluso, desde debajo del suelo de baldosas.

Es peligroso resistirse; también, sucumbir. Es necesario permanecer en esta región intermedia, seca de acontecimientos. La estepa se prolonga más allá de la imaginación. Es inútil intentar recobrar la voz. Si gritara tendría la constancia de una soledad mucho mayor que la que sobrecoge a una voz devuelta por el eco. Aquí no hay cavidades de roca, ninguna posible madriguera de lamentaciones.

La manta ha caído al suelo y no puedo recogerla. Basenji la ignora, no necesita de su abrigo, no la prefiere como lecho a las frías baldosas, no tiene *contacto* con el suelo.

Ahora, siento mucho más intensamente que los pies forman parte de mí, que un espíritu enemigo les hace sombra y los amenaza, como el filo de un hacha.

No puedo pensar. Si pudiera beber; si mis pies pudieran transportarme hasta el alambique; si estuviera ya muerto y, como el faraón, hubiera comprado mi eternidad; si pudiera gozar de las delicias de ultratumba; si estuviera embalsamado y entre las vendas que recubriesen mi cuerpo encontrara las necesarias fórmulas mágicas que recitar.

Recitaría: *la fórmula para vivir del aliento y tener agua en el Más Allá, la fórmula para beber agua y no ser consumido por el fuego.* «Soy el remo de Re... Si el cielo viene con el viento del Norte, entonces me sitúo en el lado Sur; si el cielo viene con el viento del Sur, entonces me sitúo en el lado Norte; si el cielo viene con el viento del Oeste, entonces yo me sitúo en el lado Este; si el cielo viene con el viento del Este, entonces yo me sitúo en el lado Oeste.»

Pero ¿esta sed se parece a la sed de los muertos?

No he acabado con la vida; no he acabado con la vida, no he tenido tiempo; no he terminado mis investigaciones; no he encontrado el espíritu de la piedra; no he fotografiado más que miembros prescindibles de mi iglesia; no he mirado en el microscopio; he sembrado y no he recogido la cosecha; también yo he sido sembrado y sigo siendo una semilla; ninguna mano puede cosecharme, a no ser que un gran pájaro hurgue en la tierra con el pico y me lleve, como un embrión sin descifrar, al limbo de la pregunta que se pregunta eternamente.



## XLIV

Por primera vez, el faro ha permanecido apagado durante la noche.

Al amanecer, abrí los ojos y desde la almohada busqué instintivamente la silueta del árbol quemado, al otro lado de la ventana.

Me di cuenta inmediatamente: faltaba la luz, esa diana breve que, cada tres segundos, rompe la estabilidad visual del tronco y hace que se tambalee. En esa hora de atmósfera azulada, la luz del faro se torna amarilla. Conozco ambas de sobra; tenía que estar allí, proyectándose sobre el árbol.

Me levanté de la cama, corrí por el pasillo, entré en el cuarto de máquinas. En el cuadro de automatismo, los dos pilotos encendidos. Fallo de la lámpara principal, fallo de la lámpara auxiliar. Todo fundido; la alarma dormida; el brazo cambiador inutilizado, como una prótesis separada del cuerpo; todo perdido; el faro muerto. Y yo...

Ahora sí es verdad: tengo que estar muerto. Sólo muerto he podido ignorar esta tragedia.

Me invade una extraña calma. Creo haberme desprendido de la culpabilidad; me siento ligero, irreflexivo.

Hago una ronda por el pasillo, entro en las habitaciones. En el dormitorio, la cama parece soportar aún el peso de mi cuerpo, contenerme en esa zanja ganada a la lana del colchón. No siento ningún deseo de acostarme.

Sobre el fogón de la cocina descansa la cafetera fría, seguramente con restos de café. No siento deseos de beber café; tampoco de comer, ni de sentarme. El alambique carece de valor.

Entro en el cuarto de los libros. Hay algunos volúmenes dispersos por el suelo. Las láminas de anatomía, arrancadas, están clavadas a la pared con alfileres. Abro *L'Afrique Ancienne* sobre la mesa, por la página ciento noventa y seis. Compruebo con total naturalidad mi falta de interés. Ignoro las carpetas alineadas sobre la estantería.

No extraño la presencia de Basenji; quiero decir que *no me arrepiento*.

El taller de electrónica comienza a iluminarse, a grandes rasgos, con la luz de la mañana (es la luz del sagrario la que se ha apagado). Recojo del suelo la caja del microscopio, aún embalada con todos sus precintos.

No necesito consultar las páginas del manual para montarlo y conocerlo en todos sus detalles. Me siento tan familiarizado con este instrumento como si se tratara de un reloj o

un termómetro que hubiera utilizado todos los días.

Ya sólo queda obtener la *muestra*: con el cortatramas me hago un pequeño corte en la yema del dedo índice izquierdo. La sangre brota solidificada, en forma de diminuta piedra redondeada, del color del carbunco. Es necesario laminarla para poderla observar bajo la lente. Deposito con cuidado la lasca de sangre sobre la bandeja de cristal. Acercó el ojo derecho a la mirilla; giro la rueda a la derecha, a la izquierda, rectifico a la derecha.

Han desaparecido las formas: los glóbulos rojos, los glóbulos blancos; sólo queda un plasma uniforme, un plasma carbonizado. El primer análisis de la muerte arroja, sólo en apariencia, un resultado único.

Pero la autopsia no se detiene...

## Créditos

Edición en formato digital: marzo de 2012

© Menchu Gutiérrez, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-933-7

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

|                    |    |
|--------------------|----|
| Portadilla         | 2  |
| Índice             | 3  |
| Prólogo            | 6  |
| EL FARO POR DENTRO | 7  |
| (Basenji)          | 18 |
| I                  | 19 |
| II                 | 23 |
| III                | 25 |
| IV                 | 27 |
| V                  | 29 |
| VI                 | 30 |
| VII                | 32 |
| VIII               | 34 |
| IX                 | 36 |
| X                  | 38 |
| XI                 | 40 |
| XII                | 42 |
| XIII               | 45 |
| XIV                | 46 |
| XV                 | 49 |
| XVI                | 51 |
| XVII               | 53 |
| XVIII              | 55 |
| XIX                | 56 |
| XX                 | 58 |
| XXI                | 60 |
| XXII               | 62 |
| XXIII              | 64 |
| XXIV               | 66 |
| XXV                | 68 |
| XXVI               | 71 |
| XXVII              | 73 |

|          |     |
|----------|-----|
| XXVIII   | 75  |
| XXIX     | 77  |
| XXX      | 79  |
| XXXI     | 81  |
| XXXII    | 84  |
| XXXIII   | 86  |
| XXXIV    | 88  |
| XXXV     | 90  |
| XXXVI    | 92  |
| XXXVII   | 94  |
| XXXVIII  | 96  |
| XXXIX    | 98  |
| XL       | 100 |
| XLI      | 101 |
| XLII     | 103 |
| XLIII    | 106 |
| XLIV     | 109 |
| Créditos | 111 |